El Ruedo

2 Ptas.

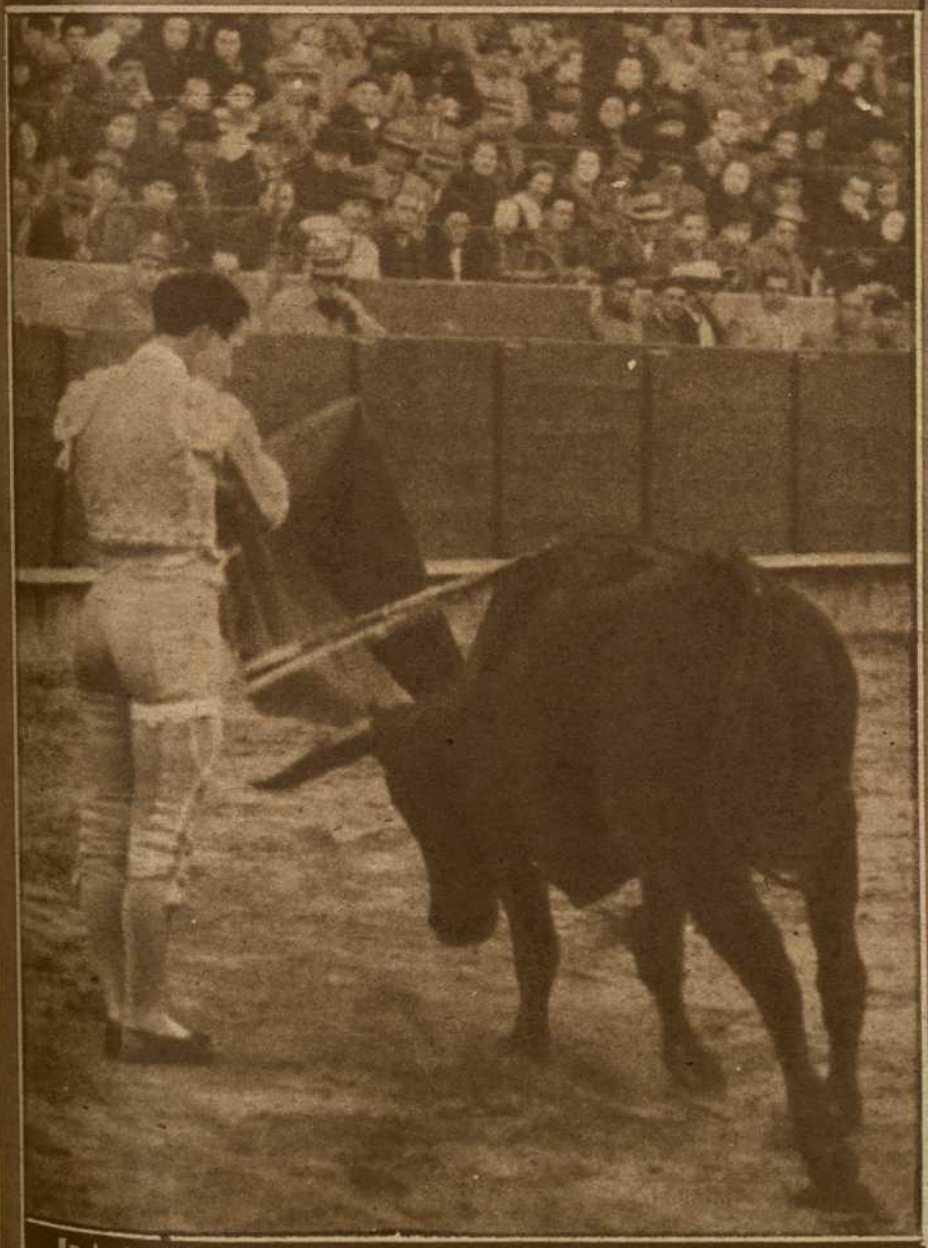
Toro embistiendo al cesto de tienta
(Dibujo de Enrique Segura)

El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III — Madrid, 14 de marzo de 1946 — Núm. 90



En la inauguración de la temporada en Barcelona, el novillero Fuentes —al que en la fotografía vemos dando un pase por alto— alcanzó un gran triunfo (Foto Valls)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

HAY quien debe suponerme al habla constante con la Empresa de la Plaza de las Ventas y en el secreto —riguroso secreto— de sus proyectos, porque, de otro modo, no puedo explicarme, a no ser que mis comunicantes estén de chufla, recibir tantas cartas llenas de preguntas sobre la temporada madrileña. Sin duda que ninguno de ellos debió leer el *Pregón* de hace tres semanas, en el que mostraba mi profundo asombro por el desconocimiento absoluto en que la dicha Empresa tiene a los aficionados sobre la temporada actual, que en esta misma semana ha co- - zado ya en varias Plazas, atravesando España de Barcelona a Huelva.

El domingo próximo desembocamos en las vísperas de San José, sin que tengamos la más leve idea del festejo taurino que se nos prepara, si es que se prepara alguno. *Un bien enterado* me dice sibilinamente que el domingo habrá una novillada de las llamadaseconómicas; el siguiente, otra con picadores, y al otro, *es posible* que haya corrida de toros. Mi informador me asegura esto casi emocionado, dándose por contento y como queriendo decir «¡Más no se puede hacer!»

Otras noticias más concretas (?) las tienen ustedes en la Prensa. Dos bien recientes dadas en nuestro *Marca*. Por ejemplo, que Carnicerito de Méjico toreará esta temporada en las Ventas, sin fijar, ni aproximadamente, la fecha, y que *es posible* que Valencia III toree la corrida del Domingo de Resurrección.

Todo lo dicho, señores, cogido confidencialmente al oído por un bien enterado o simplemente leído, es cuanto sé de los proyectos de la Empresa madrileña; pero no crean por eso que soy un periodista mal informado, no. Les aseguro que con lo que he escrito aquí, si ustedes lo han leído, a estas horas ustedes y yo sabemos mucho más de lo que sabe la propia Empresa.

Entre tanto, aunque desorientadas, vacilantes y timoratas, las Empresas de Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao y otras, lanzan sus primeros carteles. Alcalá de Henares y Toledo anuncian combinaciones que no disfrutaremos aquí, si no es a cuenta de entidades benéficas. Y la fiesta comienza su ritmo normal, ritmo que se acelerará cuando las Empresas aludidas se orienten, por noticias concretas y por presencias auténticas, sobre una serie de diestros, que aun no han llegado.

En este punto del *Pregón*, un *bien informado*, éste de verdad, me asegura contundente: «¡Ni el 17 ni el 19 habrá nada en las Ventas!»

«Entonces, ¿cuándo?», pregunto a mi informador. «Es probable, sólo probable, que el 24.» «¿Pero hay siquiera indicios de cartel?» «Ni remota, querido —me responde con firmeza—. La Empresa de Madrid, hasta la fecha, sólo ha lanzado carteles y anuncios para echar el lazo a los poseedores de carnet, sacándoles, a beneficio de inventario, el importe de una localidad.»

AYER Y HOY

CON EL PRINCIPIO DE TEMPORADA
"El sueño y la realidad"

Por ANTONIO CASERO

POR ESPAÑA Y AMERICA

Manolete, Escudero y Armillita, premiados.—Rafael Llorente y la temporada próxima.—El 5 de mayo, en Zaragoza, tomará la alternativa Luis Mata.—Recital poético de Gerardo Diego en el Club Taurino Madrileño. Antonio Posada vuelve a los ruedos.—Una gran faena de Cagancho en la Nueva Plaza de Méjico.—Fermín Rivera cortó una oreja en El Toreo.—Los novilleros Ramón Arasa, Alvaro Moya y Niño de Caravaca empiezan muy bien la temporada.—Manolete se presentó en Lima.—El cordobés, Belmonte y Arruza cortaron orejas

Manolete

Armillita

Arruza

Fermín Rivera

Escudero

LOS cronistas taurinos de la capital de Méjico se han reunido para decidir la concesión de premios a los matadores que han actuado en las Plazas de la ciudad. A Manolete le han adjudicado el título de «mejor torero de la temporada en Méjico», por haber realizado la mejor faena, y le han catalogado como «el torero más caro». A Manolo Escudero se le ha concedido el trofeo al mejor quite de la temporada. Por otra parte, a Fermín Espinosa, momentos antes de su partida para Nueva York, le fué entregado un trofeo por la espléndida faena que hizo al toro Pituso.

* * *

El día 4 fallecieron en Córdoba doña Fuensanta Castrejos, viuda del que fué matador de toros Bebe Chico y tía de Manolete, y don Francisco Flores, hermano de Camará, apoderado de Manuel Rodríguez.

* * *

Rafael Llorente hizo unas declaraciones a un redactor de «Marca». El valiente matador de toros es optimista. Se había demasiado en las tertulias. El cree que en la próxima temporada habrá menos corridas de toros y más novilladas que en la anterior. Tiene sus proyectos para sumar un buen número de actuaciones. Y su plan no es otro que el de aceptar todas las corridas que se le propongan, sean con toros grandes, medianos o chicos, y arrimarse en todas como si en cada una de ellas hiciera su presentación y necesitase darse a conocer. Que son bonitos y sencillísimos propósitos.

* * *

Los empresarios de la Plaza de Zaragoza han dado a conocer sus proyectos para la primera parte de la temporada. Novilladas económicas con picadores y corridas de toros. El 21 de abril, Juan Belmonte, Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel Dominguín y Aguado de Castro lidiarán reses de Concha y Sierra, y el 5 de mayo se las entenderán con seis toros de Pérez de la Concha Morenito de Valencia, Domingo González y Luis Mata, que tomará la alternativa. En las novilladas picadas intervendrán Gabriel Pericás, Antonio Corona, Fernando Pérez Tabernero y José Carceller, y en las económicas, Pepillo de Valencia, Liceaga, Bamalo, Morenito de Zaragoza y El Chico de Casetas. Los días 18 y 19 de mayo se celebrarán las ya anunciadas corridas de Beneficencia y Goyesca. El navarro Julián Marín ha sido contratado para dos corridas, sin fijar fecha.

* * *

Van muy adelantadas las obras de la Plaza de Toros de Melilla, capaz para más de siete mil espectadores. Tal es el entusiasmo de los aficionados melillenses, que ya se ha pensado en el cartel de la corrida inaugural. Se quiere que Manolete dé la alternativa al diestro local Antonio Corona y que sea testigo Arruza. Nada se dice de toros. Y es natural. Ahora los toros son elementos secundarios en las fiestas taurinas. En Melilla y en el resto de los ruedos.

El novillero mejicano José Luis Vázquez, que, días pasados, resultó herido de gravedad en el ruedo de Caracas, ha remitido un cable a su representante en España, en el que le anuncia que tan pronto sea dado de alta emprenderá viaje a nuestro país. Celebramos la mejoría y esperamos su presentación con interés.

Pensamos que si todos los toreros que anuncian su venida a España realizan el viaje, se agravará considerablemente en Madrid el problema de la vivienda.

* * *

El Yoni llegará el próximo día 18 a La Coruña. Se dice que este diestro tomará la alternativa el Domingo de Pascua, en Sevilla. No sabemos qué motivos han arrastrado al susomentado lidiador a tomar tan radical determinación. Ojalá nos equivoquemos, pero el anuncio de esta alternativa nos recuerda aquel otro que empezaba así: «Gran Teatro. Esta noche, presentación, beneficio y despedida de la gran compañía de comedias...» El Yoni es ya mayorcito y no precisa consejo.

* * *

El sábado, día 9, dió un recital, en el Club Taurino Madrileño, el poeta Gerardo Diego. Las composiciones que dió a conocer pertenecen a su libro, de próxima publicación, «La suerte o la muerte». La alta calidad literaria de Gerardo Diego es conocida sobradamente, y por ello no hacemos ahora el debido elogio. La oda a Belmonte, la elegía a Joselito y las semblanzas de Antonio Fuentes, Sánchez Mejías, Domingo Ortega, Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida y Albaicín, son muestras de la hondura y maestría del poeta. Gerardo Diego fué aplaudido con entusiasmo.

* * *

Parece que pronto será una realidad la idea de la fundación de una entidad benéfica que cubra los riesgos de accidente, enfermedad, invalidez, vejez y muerte de los mozos de espadas y puntilleros. Celebraremos que la constitución sea pronto un hecho.

* * *

Contamos con una nueva rejoneadora. Es española y ha pasado la mayor parte de su vida en Argentina. Se llama Marimén Ciamar, y dispone de un magnífico lote de caballos portugueses convenientemente domados para el rejoneo.

* * *

Dicen que Antonio Posada vuelve al toreo. Posada es matador de toros desde el 29 de septiembre de 1923, fecha en la que el Gallo le dió la alternativa en la Plaza de Sevilla. Alternó con los citados Pepe el Algabeño. Los toros eran de la ganadería de Félix Suárez, y el de la cesión se llamaba Dichoso. Confirmó la alternativa el 5 de junio de 1924 de manos de Valencia II y con Marcial Lalanda de testigo. El ganado fué de Sánchez Rico, y el primer toro que Antonio Posada mató en Madrid se llamaba Mangasverdes. En este toro obtuvo el nuevo matador un éxito resonante y cortó la oreja. En 1934 toreó Antonio nueve corridas y ya no volvió a vestir el traje de luces. Hace más de veintidós años que tomó la alternativa y lleva más de once sin hacer el paseo en los ruedos. Ha sido un excelente torero, al que faltó decisión. Si vuelve resuelto a dar de lado a la apatía que en sus años mozos le caracterizó, bien venido sea.

* * *

En la Nueva Plaza de Méjico se celebró el sábado la última corrida de la temporada inaugural. Se lidiaron toros de la ganadería de San Mateo. Cagancho, muy torero y muy gitano, hizo una gran faena con abundancia de desplantes y adornos. El Soldado, vulgar, y Silverio Pérez, muy mal.

* * *

Se inauguró la temporada en Barcelona el domingo, día 10. Ramón Arasa estuvo regular en su primero y muy bien en su segundo, del que cortó la oreja. Liceaga, regular, y Gabriel Pericás, mal.

En Murcia, Alvaro Moya y Niño de Caravaca cortaron orejas, y en Huelva, Pepe Pirso y Antonio Gómez, Carnicerito, entretuvieron al público.

En Calatayud, Luciano Iglesias, regular. Mirabeleño cortó orejas.

* * *

No faltaron los festivales taurinos. En Cádiz, Andaluz Chico, Vito y Ramón Cervera cortaron orejas, y el rejoneador Joaquín Peralta y los novilleros Toscano y Manolo Navarro fueron aplaudidos. En Toledo, Luis Redondo, Juan Corbelle, Guerrita y Emilio Palomino fueron ovacionados.

* * *

En la Plaza de El Toreo se celebró la corrida de Covadonga. Fermín Rivera, muy bien en el primero y mejor en el cuarto, del que cortó la oreja. Silverio Pérez, mal en uno y bien en otro. Manolo Escudero, regular.

* * *

Manolete se presentó el domingo en Lima. No sabemos si la corrida se dió como extraordinaria o como de abono. Parece que los aficionados limeños entendían que la presentación del cordobés debía hacerse en una corrida de abono; el empresario, vista la expectación que había por ver a Manolete, quiso dar el festejo como extraordinario, y durante toda la semana empresario y aficionados discutieron y sostuvieron sus encontrados puntos de vista. A tal punto llegó la disputa, que algunos aficionados exaltados pretendieron incendiar las taquillas. Manolete, a imargen de todo ello, y dispuesto a cumplir su contrato, se presentó el domingo en la Plaza de Acho, alternando con Juan Belmonte y Arruza. Los tres matadores dieron una de cal y otra de arena. Belmonte cortó dos orejas en uno y estuvo regular en otro. Manolete y Arruza cortaron una oreja cada uno, y estuvieron discretos en el resto de su actuación. Culpables de esta discreción, según se dice en el correspondiente telegrama, fueron los toros.

B. B.

Antonio Posada

Rafael Llorente

Luis Mata

Cagancho

Juan Belmonte

"Si ganaderos, toreros y empresarios pensasen como aficionados, sería fácil reducir los precios", dice JUAN DE LUCAS

Un paseo por las calles madrileñas, alejado de tertulias y de cafés, donde se discuten tantas cosas sin razón

HACIA EL AR... DE LA FIESTA N...

CUANDO, en el año 1911, salió a banderillear, en el ruedo de Riaza, el mozo de dieciocho años Juan de Lucas Huecas, Olías del Rey pudo decir, por primera vez, que de allí había salido un torero. Lástima que Juan no aspirase a otra cosa que a ser un buen peón, porque tenía condiciones para más. Pero como peón fué algo sobresaliente. En 1812 ya toreaba en Tetuán de las Victorias. Y luego fué como peón de confianza con Nacional I, Gaona, Cocherito de Bilbao, Fortuna y Marcial Lalanda. Con el último toreó mucho, y pasó más tarde a ser su apoderado. Fué representante y empresario. En 1941 era apoderado de dos jóvenes principiantes, que no pudieron hacer su presentación en una importantísima Plaza, justamente porque alguien se opuso a contratar toreros por él apoderados. Juan de Lucas cambió entonces de profesión, y ahora vende, a comisión, vinos y licores de marcas acreditadas. Esta es, resumida todo lo posible, la historia de Juan de Lucas.

El torero de Olías del Rey ha batallado sin descanso para conseguir mejoras para los subalternos. Quería que se reconociese personalidad artística a banderilleros y picadores, y logró que en 1919 los subalternos formasen una sociedad para la defensa de sus intereses morales y materiales.

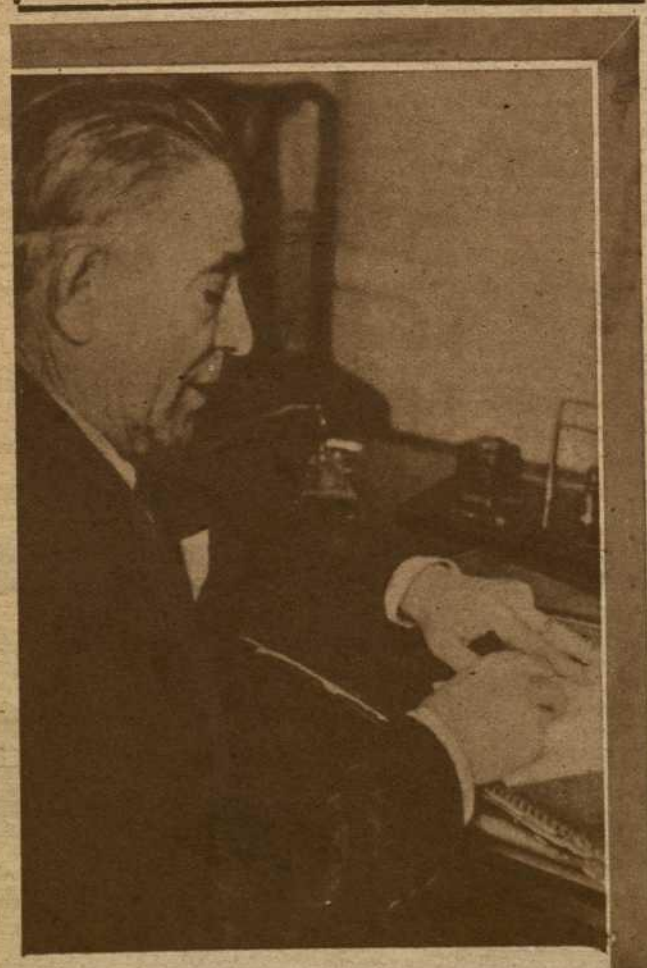
Pronto lograron, a pesar de la oposición de los espadas, un considerable aumento en los sueldos. Pero no consiguieron cobrar, en vez de los sueldos fijados, un tanto por ciento del contrato del matador.

Entiende Juan de Lucas que la percepción del tanto por ciento es lo más justo, por varias razones; una de ellas, la más importante, es que los subalternos cooperan, en gran modo y medida, a los éxitos de los matadores. Muchas veces se ven toros que parecen ilidiables y que terminan por embestir bien, gracias a dos o tres buenos puyazos y a unos capotazos dados inteligentemente. Por otra parte, hay una gran desproporción entre los sueldos actuales de los matadores y los de los subalternos, con relación a 1940.

Si nos fijamos en las primeras figuras, vemos que en el año citado cobraban 15.000 pesetas por corrida y pagaban 600 a sus subalternos. Hoy cobran 80.000 pesetas, y en ocasiones 100.000, y a veces más y pagan a los subalternos 1.250.

Por lo que respecta a esas primeras figuras está claro que mientras ellas han quintuplicado sus honorarios, a los subalternos les pagan el doble que en 1940. Pero se ha de tener en cuenta que hay muchos matadores modestos, que resultarían beneficiados si, en vez de pagar sueldos fijos, abonaran, a banderilleros y picadores, un tanto por ciento del total de su contrato.

En 1919, cuando se constituyó la Sociedad de Subalternos, se pensó en pedir a todos los diarios que dedicasen una página completa a la fiesta nacional. No se consiguió. "Marca" ha sido el primer periódico diario del mundo que lo ha hecho, y por ello, según nos dice Juan



Juan de Lucas trabajando en su despacho

Después del almuerzo, Juan de Lucas, muy cerca de la mesa-camilla, lee despaciosamente nuestro periódico

ABARATAMIENTO NACIONAL

de Lucas, y por el decidido apoyo que presta a los lidiadores modestos, cuenta con la gratitud de todos los toreros.

Pregunto a Juan de Lucas por su hijo, el novillero. Me dice que el muchacho hizo su presentación en Madrid con una corrida de Guardiola.

El padre no vió las reses hasta que no fué a los corrales. Alguien, para quien Juan de Lucas tiene toda consideración y respeto, le había dicho que era una novillada muy bonita. Quedó suspenso y decepcionado cuando vió los bichos. Eran seis toros cinqueños, muy granados y hechos, muy poco o nada a propósito para un novillero que hacía su presentación en la capital de España; pero ya estaba anunciado, había dado su palabra de torear la corrida y no había más camino que cumplir el compromiso. Mató tres toros, por cogida de Juanito Doblado. El quinto, llamado Tirano, cogió al muchacho, y, según los toreros que torearon aquel día, fué un toro dificilísimo. El hijo de Juan de Lucas lo muleteó y mató en tres minutos y medio. Y ya no volvieron a contratar al muchacho. ¡Cosas del toreo por dentro!

Juan de Lucas se asoma al balcón de su casa, no para mirar a la calle, sino para enseñársela a su perro (Fotos Manzano)

Juan de Lucas recuerda que en las últimas corridas de la temporada pasada surgieron dos o tres matadores de toros que interesaron grandemente a la afición, y, a su entender, en estos jóvenes matadores de toros puede estar la base del abaratamiento de nuestra fiesta.

Si estos toreros frecuentan el ruedo madrileño, eje de la fiesta taurina, y se dan oportunidades a otros matadores que pueden tener grandes tardes, será posible contar con buen número de figuras interesantes.

Y todo esto bastaría para poder dar corridas de toros a precios razonables.

Cree, por otra parte, que si ganaderos, toreros, empresarios y apoderados vieran la fiesta desde el punto de vista de aficionados y se dieran cuenta de la realidad, llegarían a un acuerdo beneficioso para los espectadores.

La exagerada elevación de precios arranca de las corridas extraordinarias de 1941.

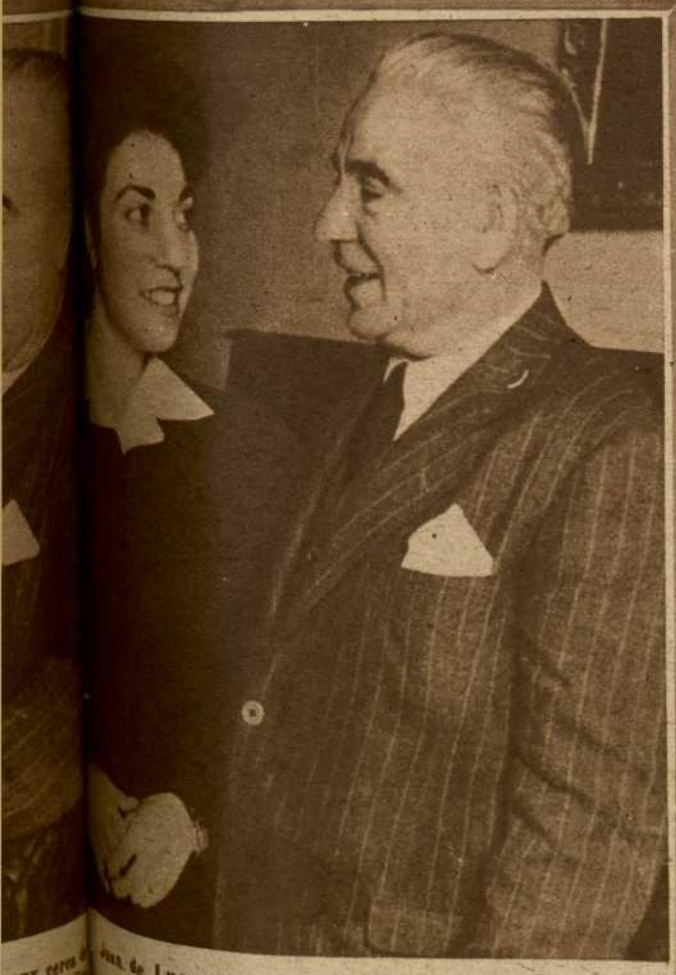
Ahora, los organizadores de corridas de toros deberían tener en cuenta que ha pasado el tiempo de las vacas gordas, que estamos en el de los becerros flacos y que el público puede cansarse de pagar precios que muy pocos pueden soportar cómodamente. Se nos va agotando la charla con el conocido taurino. Casi nada resta ya por añadir.

Y, para terminar, Juan de Lucas dice que las primeras figuras han olvidado por completo la obligación que tienen de velar por la afición y procurar que cada vez sea más numerosa.

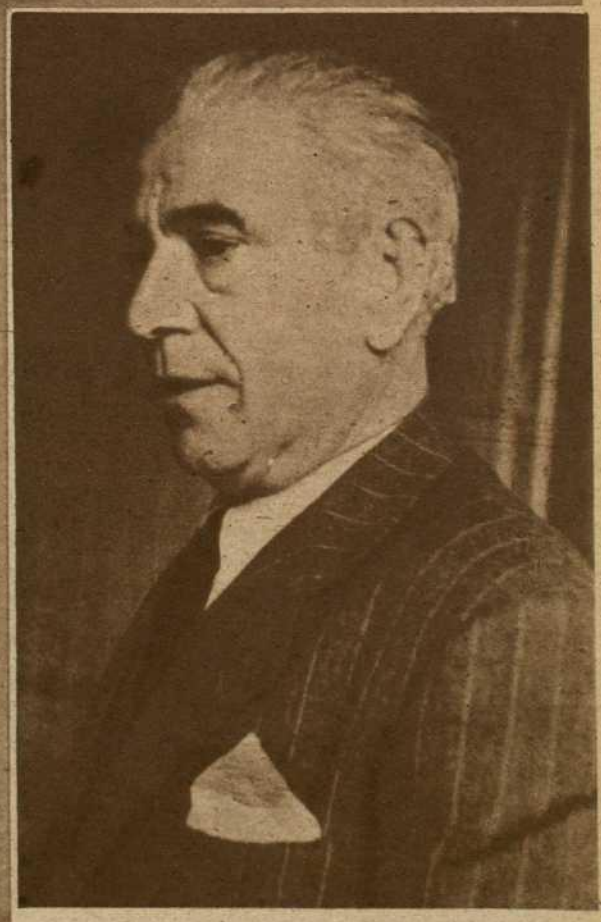
Recuerda a Gallito, gran maestro, enamorado de su profesión, que no permitió nunca que sus éxitos sirvieran para justificar un aumento en el precio de las localidades, porque, más que sus honorarios, le interesó siempre la afición. ¡Era Joselito!

BARICO

JOSELITO NO CONSINTIO NUNCA QUE SUS EXITOS SIRVIERAN PARA QUE SE ENCARECIESEN LAS LOCALIDADES



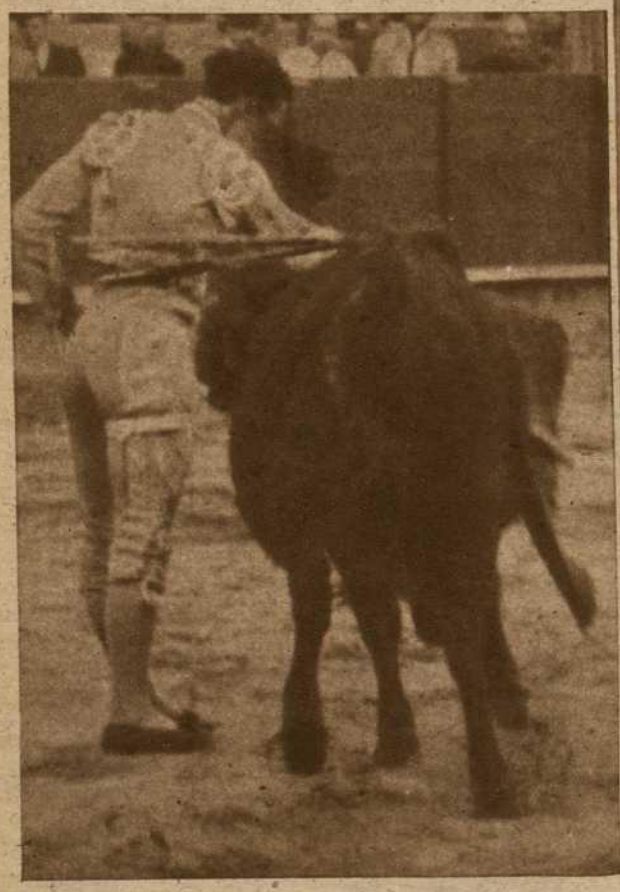
Juan de Lucas conversando con su hija Carmen, en uno de esos momentos felices de su hogar



Juan de Lucas, en su charla para EL RUEDO

El domingo en Las Arenas, de BARCELONA

Liceaga logra un buen muletazo con la izquierda, en el novillo que lidió en primer lugar en la inauguración de la temporada



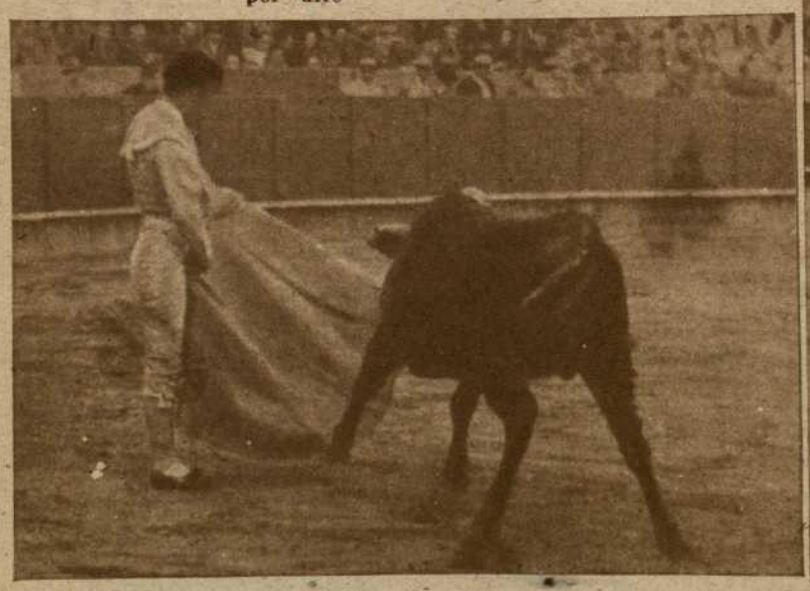
Fuentes, triunfador en la primera novillada de Barcelona, se pasa cerca el toro, en un pase por alto

Liceaga, capote a la espalda, logra adornarse en un quite, durante la lidia de su primer novillo

BARCELONA 10 (de nuestro redactor Subirán).—El festejo inaugural de la temporada barcelonesa no debe ser tomado como botón de muestra, y nos resistimos a considerarlo como guión de la nueva etapa taurina, visto su resultado francamente negativo. Falló la materia prima, el factor toro, pues don Esteban González del Camino, vecino de Utrera, nos envió un lote de pésima calidad, la clásica moruchada, que no llegaba ni a la media casta, más propia de morir en un matadero que no en un ruedo barcelonés. De los seis, cuatro fueron de máximo peligro, hasta el punto de que peones de la veteranía y sapiencia de un Carralafuente, Chalmeta y Carlito sufrieron revolcones de espanto, y el resto de los [illegible] se las vió y las deseó para bregar y poner [illegible] palitroques de compromiso. Esos cuatro [illegible] sensación de haber [illegible] do chaqueteados [illegible] los pastos. Cierto [illegible] cumplieron con [illegible] montados; pero [illegible] tan pésimo estilo [illegible] dos ellos, que el [illegible] cio de quites brilló [illegible] los seis por su [illegible] cia; y en cuanto a [illegible] presentación, fué [illegible] clásica en estos [illegible] mienzos de tempo[illegible] da: chicos, pro[illegible] mente armados y [illegible] sacudidos de cam[illegible]

El turno de ma[illegible] dores lo compon[illegible] tres novilleros pu[illegible] ros, que dejaron [illegible] buen sabor en la [illegible] sada temporada. [illegible] mejor librado [illegible] Fuentes, porque

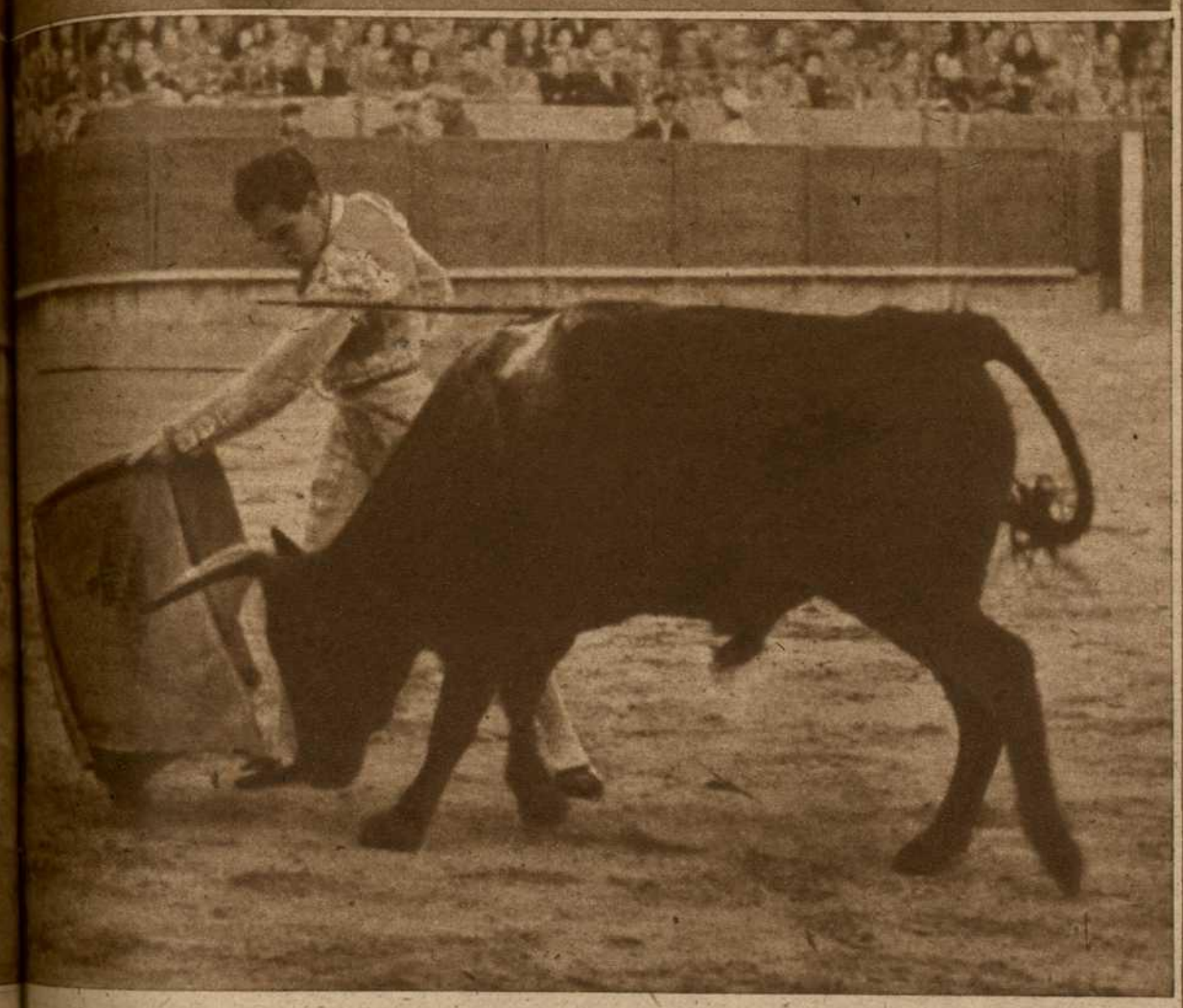
JUICIO



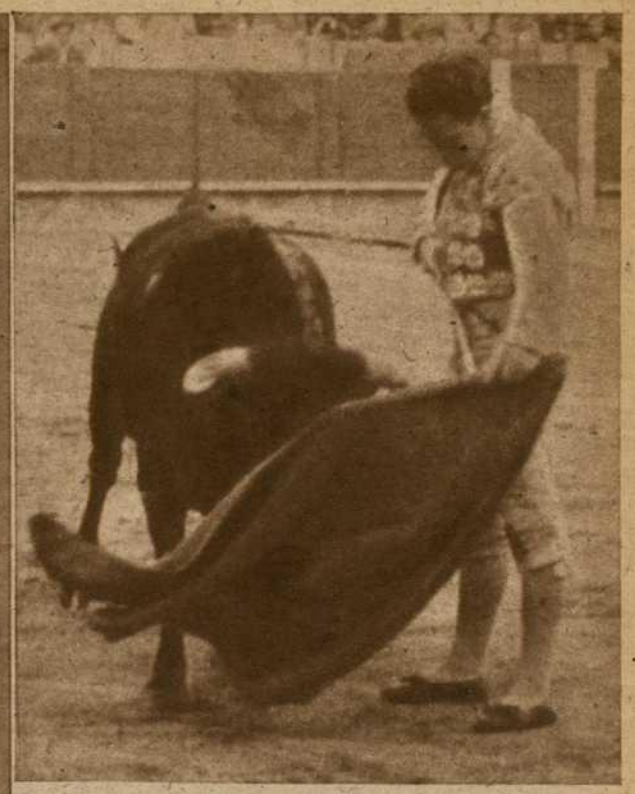
Liceaga recoge a su primer bicho con unos lances, muy quieto, pero distanciado, desluciendo por ello su intervención

El mallorquín Pericás, que hacía su presentación en Las Arenas, de Barcelona, lancea a su novillo sin quietud

Seis de don Esteban González del Camino para FUENTES, LICEAGA y PERICAS



El triunfador del cartel de Barcelona, Fuentes, en la faena de muleta al novillo del que cortó la oreja



Fuentes, en un muletazo con la izquierda, durante la faena al novillo del que cortó la oreja en Barcelona

Después de su faena, premiada con la primera oreja de la temporada, Fuentes saluda al público que lo aclama

CRITICO

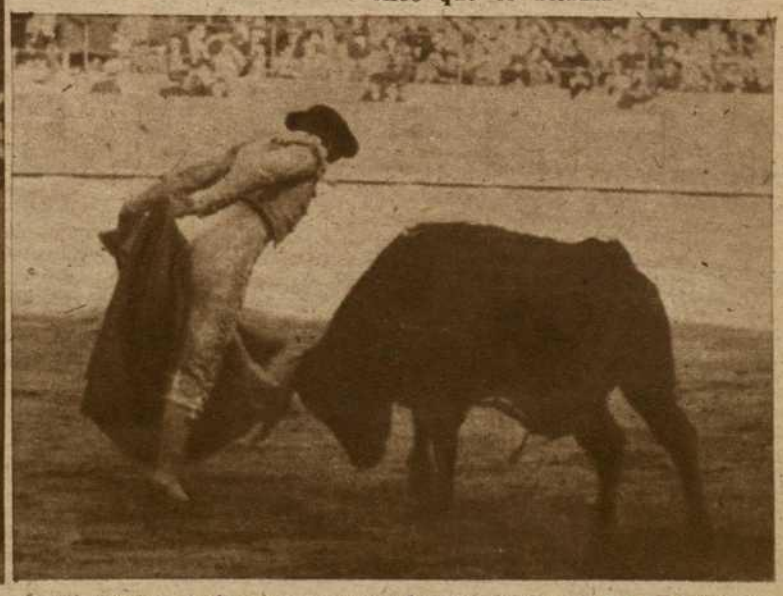
tocó el lote menos difícil; en su primero, que peleó en varas con mucha alegría, no pudo con su nervio, y como no mandó ni paró se hizo pesado con la tizona —dos medias estocadas y dos descabellos, a cambio de una aparatosa cogida—, escuchó algunos pitos. Pudo desquitarse en su segundo, que llegó a la muerte bastante aplomado, haciéndole vistosa faena, a base de naturales y manoletinas. Cobró una entera en buen sitio, que fué suficiente, y dió la vuelta al anillo tras cortar el auricular.

Liceaga tuvo que lidiar con lo peor; pero logró un quite y un par de banderillas en su primero, al que hizo una faena valiente, para quitárselo de encima con media bien puesta, escuchando palmas. Su segundo era el clásico marrajo, y bastante hizo con despacharlo pronto con una entera muy caída.

También era pésimo el lote de Pericás. El mallorquín no quiso exponer ni un alamar, con evidente razón, y se lo quitó de encima con más pena que gloria, escuchando pitos abundantes en su primero, y silencio en el segundo, al que trasteó con verdadero pánico y falta de decisión.

El respetable ya se había marchado, aburrido, del coso. Lo mejor de la tarde, la entrada. Un llenazo en el sol, y casi completo en la sombra. Y esto sí que es un buen presagio, al menos para el empresario de la Plaza de Toros.

Liceaga, Pericás y Fuentes, al frente de sus cuadrillas, disponiéndose a hacer el paseíllo en la Plaza de Barcelona



El diestro mejicano; en unos lances de frente por detrás, en la lidia de su primer novillo (Fots. Valls)

LOS TOREROS EN SU CASA

GALLITO, vive con su madre y su hermana, y es el mejor hijo y hermano del mundo, según ellas

Un hogar sevillano con tres generaciones de toreros

Gallito, además de ser un buen torero, es un buen hijo y hermano. Aquí le vemos acompañado de su madre y de sus hermanos

COMO Rafael tiene que torear aquí y allá, y Madrid es el centro de gravedad para todos los viajes, a Madrid se vino el año pasado la señora Gabriela, su madre. Un hogar tradicionalmente sevillano ha pasado a ser madrileño por obra y gracia de la tercera generación de Gallitos.

Porque la señora Gabriela es hija del señor Fernando el Gallo y de aquella famosa señora Gabriela que tantas veces salió retratada en los periódicos, y, por tanto, hermana de Rafael, el divino calvo, y del rey de la torería, Joselito. Para colmo, le han salido ahora toreros los dos chicos. En esta casa sencilla, de nueva planta, allá por el anchuroso y soleado barrio del final de Narváez, vive Rafael Gallito con su madre, su hermana y su hermano, novillero.

—Es mi sino—dice la señora Gabriela.

—¿No le agrada que su hijo sea torero?

—De ninguna manera.

—Pues, ¿qué quisiera usted para él?

—Cualquier cosa. Un negocio, un cortijo..., como los demás. ¡Qué envidia me dan todas la madres que no tienen hijos toreros!

—A usted, sin embargo, no le pillan de nuevo estas emociones.

—Toda la vida estoy sufriendo. Primero, mi padre. Luego, mis dos hermanos. Y ahora, ya ve usted...

—¿Cómo se encuentra en Madrid?

—Muy bien. A mí, lo mismo me da estar aquí que en Sevilla; lo importante es estar en mi casa, junto a mis hijos. Yo no puedo echar de menos a Sevilla, porque no la he disfrutado. La feria, que es lo más alegre y hermoso, yo casi no la he visto en mi vida.

—¿Y por qué?

—Pues porque en la feria hay corridas y siempre toreaban mis hermanos; luego, mi hijo, y siempre alguien de la familia; y cuando torean no está una para ferias. Una vez, en vida del pobre José, salimos a dar una vuelta; pero ante el bullicio y la alegría general, dijo mi madre: «¡Ay, con lo que está «encerrao» para mañana!», y nos volvimos a casa. Le digo a usted que no es vida.

—Verdaderamente.

—Para mí, lo peor es lo bueno para los demás; o sea, los domingos y las fiestas sonadas. Como en esos días siempre hay corridas, yo estoy acostumbrada a pasarme en casa todas las fiestas rezándole a María Santísima y a Nuestro Señor, desde que era chiquitilla.

—Le queda a usted la compensación de que los Gallos han conquistado la gloria y el bienestar: es una dinastía torera de triunfadores.

—Lo mejor de todo no es eso, sino lo buenos que son.

—¿Es bueno Rafael?

—Lo mejor de lo mejor. Un gran hijo.

Al oír el piropo, Rafael Gallito se pasea gozoso por la habitación, más contento que si hubiera cortado una oreja.

—Mire usted; Rafael no hace más que torear. Todo el dinero que gana me lo entrega a mí. Luego, cuando necesita para sus gastos, me pide: «Mamá, dame tanto o dame cuánto». Y yo se lo doy, ¡figúrese!, gustosísima.

—¿Hace una vida ordenada?

—Muy buena. Por las mañanas se levanta temprano y se va a hacer deporte; casi siempre al frontón, a jugar a la pelota. Almuerza en casa casi siempre, y toma café y pasa las horas de sobremesa con nosotras: con su hermana y conmigo. Luego sale a sus cosas, y también cena en casa.

—¿Y por las noches?

—Sale para ir al cine o al teatro, algunas; pero muchas se queda aquí con nosotras también, haciendo vida de familia. Es muy hogareño.

Me vuelvo hacia la hermana de Gallito, Gabriela:

—Me han dicho que hace usted versos.

—Sí; he escrito algunas poesías.

—¿Tiene vocación?

—Lo que me gusta es el cante, el baile, el toreo... Mis versos tocan estas cosas españolas, sobre las que llevo varios años estudiando, investigando.

Rafael, junto a su hermano José, el menor de los Gallitos, contempla un álbum de fotografías

—¿Hace investigaciones?

—Tengo centenares de cuartillas de notas. Y estoy preparando un libro sobre el cante, el baile y el toreo del 800...

—¿Dónde se ha documentado usted?

—Por razón de familia, yo tenía en Sevilla muchos documentos y datos. Luego he estudiado la biblioteca del conde de Colombí y otros archivos. He trabajado intensamente en la Hemeroteca de Madrid con periódicos de aquella época. Ya no me falta más que poner en orden mi trabajo.

—¿Y cómo se le ha ocurrido realizar un esfuerzo literario tan grande?

—Porque me animaron los amigos de casa. Dicen que, por estar metida en el ambiente y por mi afición, podía y debía hacer este libro, que no pueden escribir los escritores.

—¿Cuándo se despertó su vocación?

—Desde niña no he hecho otra cosa que leer y estudiar. He sido una lectora insaciable siempre.

Volvemos al diálogo con la madre:

—Ahora, en invierno, soy feliz, porque no hay corridas—dice la señora.

Interrumpe Gallito:

—¡Por Dios, mamá, qué aburrimiento!

Y la señora Gabriela:

—¿Lo ve usted? Se aburre. Está deseando que llegue la primavera para torear. Igual que mi hermano José. Sólo pensando que algún día tendría que dejar de ser torero, Joselito decía consternado: «¿Y qué haré entonces?»

Insinúo:

—Rafael no va a ser solo toda la vida...

—¡Que se case! —contesta gozosa la madre—. Muchas veces se lo digo: «¡Tengo unas ganas de tener un nietecillo!...» Lo único que le pido a Dios es que sea con una chica sencilla y buena, de su casa... Y que se retire.

—¡Qué ganas tiene usted de que deje los toros!

—¡Sí, señor; sí! Quiero vivir en paz.

—¿Qué hace mientras él está en la Plaza?

—Cuando torea en Madrid, él mismo enciende la lamparilla, y nosotras nos quedamos rezando al Corazón de Jesús, al Gran Poder, a la Esperanza...

Interrumpe Rafael:

—A todos los que hay.

—Luego —sigue la madre—, cuando suena el teléfono, me da un vuelco el corazón, y no puedo moverme de aquí, de este sillón. Me da miedo. Va Gabriela a hablar y me trae la noticia. Entonces respiro..., y hasta la próxima.

—¿Y cuando está en Méjico?

—¡Ay, no me diga! Eso es lo peor. Allá tan lejos, sabiendo que torea, y aquí horas y horas esperando el cable. Mire; el año pasado, en los meses que estuvo en América, envejecí yo diez años. Todos estos cabellos blancos me salieron entonces.

—Afortunadamente, hoy llegan las noticias pronto.

—Las noticias, sí. Pero ¿y si le pasa algo? ¿Me van a llevar a mí también por la radio? No me diga, no me diga. Eso es horrible.

—Es la profesión, señora. En cambio, allí está la fortuna, y Rafael tiene que volver...

—Lo sé. Me resigno. ¿Qué voy a hacer? Conformarme. Toda la vida llevo conformándome.

Como puede verse, Rafael Gallito es un buen hijo de familia, ordenado y formal, que adora a su madre y quiere con pasión a su hermana, lectora infatigable, poetisa, investigadora.

Sillones, tertulia familiar, radio... Así transcurre la vida, feliz y pacíficamente, en este hogar.

Sobre todo, en el invierno; luego se alborotan un poco las cosas...

FELIX CENTENO

Gallito, abrazando cariñosamente a su madre, parecen meditar ante la contemplación de un retrato del inolvidable Joselito

(Fots. Manzano)

DON RICARDO DE LA HOZ es enemigo de los picadores

DON Ricardo de la Hoz es persona bien conocida y, sobre todo, bien estimada en nuestros círculos sociales y diplomáticos. Es también uno de los mejores amigos que tiene España, y, por tanto, un admirador de la fiesta taurina. Nos ha recibido en su mansión acogedora, con la simpatía y cordialidad que guarda siempre para el visitante este caballero argentino, que desempeña en Madrid su cargo de agregado a la Embajada de su país.

—¿Cuándo llegó a España, don Ricardo?

—Hace diez años. Desembarqué en La Coruña, tres días antes de producirse el Glorioso Movimiento Nacional, y pasé en esta ciudad toda la guerra civil. Pero ya conocía su Patria, de mis tiempos de estudiante. Estuve en ella, viviendo en Santander, por el año... No lo recuerdo exactamente. Fué por el veintitantos. Entonces tuve ocasión de presenciar varias corridas, y el torero que recuerdo de esa época es Marcial Lalanda, que por entonces estaba en los comienzos de su brillante carrera.

—¿Usted ya se traía una idea hecha de la fiesta?

—Naturalmente. Me imaginaba las corridas tal como eran. Como hijo de españoles, me había documentado, había leído mucho, y así, cuando por primera vez me enfrenté con la realidad, el espectáculo respondió con creces a cuanto suponía y recibí una impresión gratísima. Unicamente...

—¿Unicamente qué?

—La suerte de varas me apenó. Por el caballo, más que por el toro. Todavía no se utilizaban los petos. Claro que esta impresión ya la tenía descontada también antes de sentarme en el tendido.

—Se ha hecho usted, según me han dicho, un espectador asiduo.

—¡Ah, desde luego! No me pierdo en Madrid ni una sola corrida de la categoría que sea. Y aun he ido a ver toros a Aranjuez, a Toledo, San Sebastián, Bilbao.

—Y Sevilla, supongo.

—En Sevilla he estado, pero no en temporada taurina. Si Dios quiere, este año, como hermano que soy de la Cofradía de Jesús del Gran Poder y de la Macarena, estaré allí en Semana Santa, y estaré también en la Feria de Abril, con cuya ocasión asistiré a la histórica Plaza de la Maestranza y cumpliré así uno de mis mayores deseos.

—¿Qué parte le atrae más del espectáculo?

Me subyugan principalmente los preliminares, esa alegría del público, ese optimismo contagioso, ese ambiente tan importante que forman los propios espectadores cuando los toreros van a hacer el paseíllo y se tiene la esperanza de que salgan bien todas las cosas.

—Cosa que no sucede siempre.

—Por desgracia. Pero también convenga usted que se ven más corridas buenas que malas.

Don Ricardo de la Hoz

—¿Y su antigua opinión sobre la suerte de varas se ha modificado algo?

—Continúa siendo, a pesar de los petos, lo que más me desagrada. Tenga en cuenta que en la Argentina se profesa un verdadero cariño por el caballo. Me molesta cuando el picador barrena, y protesto con una "frasecita suave", dirigida al jinete. Con esto me quedo ya tranquilo. Si además el picador vuelve la cabeza y se da cuenta de que he sido yo el que ha protestado, entonces, a más de tranquilo, me quedo muy satisfecho.

—¡Vaya! Creí que era usted un espectador pacífico.

—Y lo soy. En el resto de la lidia ya me comporto de otra manera y aprovecho el menor pretexto para aplaudir. Pero esos picadores. ¡Esos barreneros! No, no puedo con ellos.

—¿En qué se fija más, en el toro o en el torero?

—En el torero.

—¿Y en qué toreros?

—En todos. Claro que tengo mis preferencias. En mi admiración por Manolete y por Domingo Ortega no influye mi amistad, porque también soy amigo de los demás matadores. Ambos son dos estilos distintos y dos autoridades. Ortega, el dominador, el domador, como le llaman, mientras que Manolete es el escultor que modela un conjunto artístico, lleno de belleza y de emoción insuperables. También me gusta muchísimo Armillita, por su conocimiento y su alegría. Nosotros tenemos ahora un novillero. Anda por Méjico, pero ni siquiera sé cómo se llama y qué tal está quedando. No tengo mucha confianza. La Argentina no es tierra de toreros, como es lógico. Allí, lo más cercano a lo taurino son los gauchos, que no llevan capa ni espada, sino el lazo y las boleadoras, con los que hacen cosas maravillosas y habilísimas en las faenas y juegos de derribo de reses. También me gustan los toros en el campo, y no me pierdo ninguna invitación para asistir a tentaderos.

—En ese caso, presumo que también habrá probado a torear.

—A la fuerza, amigo, a la fuerza. Fué en una fiestita en la finca de Domingo Ortega. Me picaron el amor propio, salió a relucir la sangre española que hay en mis venas y toreé al alimón. Y vea qué cosa más curiosa. El becerrete, que me había parecido una cabra, cuando pasó, se convirtió en un elefante. Desde entonces me ha parecido más extraordinario todavía el valor del torero que se pone ante los toros de verdad, esos toros con dos cuernos como dos bisturíes.

—¿No había usted presenciado por tierras de América ningún festejo taurino?

—Pues sí; ahora que recuerdo, sí. Fué en Rosario de Santa Fe, allá por el año 27 ó 28. Se organizó una corrida en la pista de la Exposición Rural, a beneficio del Hospital Español. El Gallo era el espada. Pero no llegó a matar el toro.

—¿Qué es lo que sucedió?

—La cosa empezó bastante bien. Fue mucho público y muy selecto, y, naturalmente, la colonia española en pleno. El paseíllo salió perfecto. Soltaron el toro. Le dió el Gallo dos lances con la capa y ya no le pudo dar más. El toro, asustado, saltó sobre una alambrada que separaba a los espectadores y cayó sobre el palco de la presidencia. No quiera usted saber la que se armó. Nadie sabía qué hacer con la fiera. Unos la querían matar a tiros; otros le pedían a Rafael que fuera a darle la estocada. Al fin, un peón de estancia, lo que se llama un vaquero, tiró el lazo al toro y se lo llevó como si fuera un corderito. No hace mucho estuve en casa de Gallito, el sobrino de Rafael, que celebraba su cumpleaños con una fiesta gitana de cante y de baile. Fué una velada agradable, y no fué el Gallo viejo el que menos se divirtió.

El señor de la Hoz nos abandona un momento para dar ciertas órdenes. Cuando vuelve, trae esos cigarrillos rubios que no pueden faltar en ninguna interviú.

—Lo que sí me ocurre —nos dice al reanudarse la conversación— es que siempre salgo de los toros con la sensación de haber recibido una paliza: con los músculos cansados y en muy buena disposición para meterme en la cama a descansar. Esto es debido, sin duda, a la tensión nerviosa a que la emoción del espectáculo me somete. Sobre todo cuando hay cogida y veo llevar al torero en brazos de las asistencias, me invade un decaimiento muy grande.

Queremos cerrar la charla con la opinión general que en la Argentina se tiene de las corridas de toros. Y don Ricardo de la Hoz nos dice así:

—Puede usted afirmar que, si llegaran a celebrarse, entusiasmarían tanto como aquí. Pero no se celebrarán nunca. La Sociedad Protectora de Animales es allí una cosa muy seria, y hoy por hoy juzgo imposible el que la magnífica fiesta fuera autorizada en mi patria.

Una corrida accidentada en Rosario de Santa Fe

RICARDO ARMENTALES

EL PLANETA DE LOS TOROS

Los apoderados modestos

De algún tiempo a esta parte, la profesión de apoderado de toreros, o como muchos de ellos se llaman a sí mismos, quizá un tanto pomposamente, hombres de negocios taurinos, ha tomado un auge que a bastantes se nos antoja desproporcionado y hasta pernicioso. Fué, tal vez, el que trajo esta nueva modalidad en la administración de los toreros mi llorado amigo Eduardo Pagés, con aquel contrato en exclusiva que primero firmó a Juan Belmonte y luego a Domingo Ortega. Hasta entonces, los apoderados de los toreros eran meros poderhabientes que firmaban los contratos con las empresas sin otras complicaciones que las inherentes a pequeños regateos económicos y mínimas exigencias de otra índole, pudiendo decirse que eran tan sólo intermediarios normales entre los empresarios y los toreros. Y éstos eran los que en definitiva decidían la trayectoria que estimaban más conveniente para su desenvolvimiento profesional. Ahora, ya no: ahora, los grandes toreros confían y entregan la dirección de la temporada a un hombre de negocios taurinos, el cual hace y deshace, si no a su antojo, por lo menos con omnímodos poderes. Antes, los toreros que empezaban, sólo se preocupaban de torear donde podían y como podían; ahora, antes de nada, se preocupan de elegir apoderado. Sucede lo de siempre: el que es torero, lo es a pesar de su apoderado. La influencia de éste no digo que sea nula, pero, desde luego, es mucho menor que la que se asigna a Camará, pongo por ejemplo. Y cito a Camará porque es el pontífice máximo de esta nueva modalidad taurinoadministrativa. Manolete, sin Camará, ¿no sería el gran torero que hoy es? No creo que esto lo discuta nadie en serio. ¿Que Camará ha facilitado mucho el camino que ha conducido rápidamente a Manolete a la riqueza? Indudable. Pero la unión de estos dos elementos, cada uno en su aspecto, geniales, no debe ser la tónica a seguir, el patrón que rija las relaciones entre toreros y empresas. Como el don de la imitación está tan desarrollado en los hombres como en los monos, ahora todo apoderado juega un poco a ser Camará, olvidando que Camará representa a Manolete.

He de señalar, a este respecto, una excepción: la de Domingo Ortega. Su lección es tan ejemplar en el ruedo como fuera de él. Exige el dinero y las condiciones que evalúa adecuadas a su arte y a su nombre, pero no entra, pese a todos los rumores, en combinaciones más o menos maquiavélicas, que no afirmo, como un poco a la ligera se dice, influyan en el estado actual de la fiesta, entre otras razones, porque me parece que ésta marcha atemperada a los tiempos, pero que sí han trastornado, desorbitándolas, las apetencias, sin duda legítimas, de la máxima ganancia con el mínimo esfuerzo. Se nota esto muy bien en los apoderados modestos. El otro día me encontré con uno. Representa a dos novilleros que empiezan. Ya es difícil esto de conjugar intereses antagónicos. Surge una corrida. ¿A quién dársela: al Fulano o al Mengano? Pero esto, con ser mucho, es lo de menos. La cuestión grave es que este apoderado se figura que sus poderdantes son Lagartijo y Frascuelo. Conformes. Pero es el caso que dice nuestro hombre:

—Me han ofrecido para el Mengano una novillada sin picadores, con ganado morucho. Figúrate, ¡al Mengano! Ni hablar de eso. Al Mengano, como al Fulano, hay que llevarlos con mucho cuidado. Yo no digo que vayan a tener la suerte de Manolete, en Madrid, con los dos Antonio Pérez y el Pinto Barreiro, pero encerrarles con moruchos, ¡qué más quisieran más de cuatro!

Esto es absurdo y grotesco. Toda la vida, los toreros se han hecho toreando. Todavía no hay uno que haya cuajado por administración. La administración es adjetiva, no esencial.—**ANTONIO DIAZ-CAÑABATE**

A PUNTA DE CAPOTE

EL SEÑÓ FERNANDO GOMEZ, El Gallo

Las sensaciones plásticas de los primeros años de la vida se clavan nítidas en el espíritu y permanecen imborrables hasta el último día de nuestro paso por el mundo. En los niños y adolescentes de ahora perdurarán las imágenes de los jugadores madridistas y atléticos hasta su vejez futura, proyectada en parábola sobre el año 2000. Del mismo modo, yo, natural de tierra de toreros, guardo en los repliegues de mi memoria o mi conciencia, que es lo mismo, los rasgos, andares y decires de los toreros apasionantes de mi infancia. Por otra parte, el entusiasmo hiperbólico de los mayores producía en mí ese efecto. La conversación de toros entre viejos me deleitaba como un dulce. ¡Pues no digo nada cuando veía a Frascuelo, vestido de majo, en la puerta del Hotel Imperial, hoy Círculo de Labradores, en la calle de la Sierpe! ¡Y Cara-Ancha! ¡Y Currito, el hijo de Cúchares! ¡Y El Gordito, con bigote y vestido de chaqué! ¡Y El Tato, cojo y viejo! Pero, de todas aquellas figuras del pasado, la más castiza era la del *señó* Fernando Gómez, padre y patriarca de la gloriosa dinastía de los Gallos. Este maestro era, según oí decir en mi niñez a los aficionados, algo miedoso quizá, pero de hechuras toreras incomparables. Hay una estampa de *La Lidia* que lo representa en aquel su famoso quiebro de rodillas en la puerta del toril, suerte que yace olvidada, como el lance mimbreño, capote al brazo, del gran Antonio Reverte.

Yo recuerdo al *señó* Fernando Gómez como si lo tuviera delante de los ojos. Así como, andando el tiempo, dijo gráficamente Guerrita de su hijo Rafael que si caía de una torre, *caía torero*, así puede afirmarse que el *señó* Fernando era torero hasta el tuétano, en su casa, en la calle, en el café y en el colmado. Era garboso, morenazo, gitanazo, de ojos como la endrina y gruesos labios sensuales. En él no había nada de mestizaje. Su perfil puro, racial, de silueta gallarda, acusaba a la legua el enigma profundo de su estirpe. A este hombre lo vi de cerca, siendo un chiquillo, y su recuerdo imborrable mueve mi pluma en este momento.

Tenía mi maestro en escultura una tiendecita establecida en el número 16 de la calle del Gran Capitán, frente a Gradas. En ella exponía figulinas en barro cocido representando toreros, majos y contrabandistas. Una tarde abrióse la puerta dando paso nada menos que al *señó* Fernando Gómez con toda su prestancia torera. Preguntó por mi maestro y habló con él como si fueran antiguos conocidos. Se trataba, sencillamente, de que el torero había adquirido a bajo precio, y no recuerdo dónde, unas preciosas esculturitas, muy desechas y rotas, en barro cocido policromado. El Gallo quería que fuesen primorosamente restauradas, y conforme con el precio, a la siguiente mañana llevaron al taller de mi maestro las tales maravillas, muy envueltas en un capote de brega tinto en sangre de toro. No he de describir, por no ser del caso, aquellas miniadas joyitas del arte escultórico español, procedentes de la colección del duque de Vistahermosa, según mi maestro. ¿Qué habrá sido de aquella obra de arte, que posiblemente recordará Rafael, entonces un niño? No hay que ponderar el esmero, el amor que mi maestro y yo pusimos en pegar y repintar piernas, bracitos y dedos rotos. Una vez recompuesto y restaurado aquello en sus mínimos detalles, presentóse el problema de su traslado a la casa del torero sin el peligro de nuevas fracturas; y yo, bajo una severa admonición de mi maestro, hube de asumir la tremenda responsabilidad de llevarlo a brazo desde el taller al domicilio del Gallo, que vivía en una gran casa de la calle Trajano, esquina a la Alameda de Hércules.

El tiento que yo puse para no tropezar en la calle con tan delicada obra en los brazos, era parecido al de los sacristanes que llevan en ambas manos, con pavor de romperlas, esas velas, labradas en finísimo y cerúleo encaje, de la cerería a la parroquia. Cuando tuve la fortuna de llegar sin tropiezo al zaguán, enlosado de mármol, del gran hombre, no tenía manos para tirar del timbre de la cancela, y hube de llamar a gritos. El propio *señó* Fernando, *en persona*, abrió la cancela y tomó de mis manos la obra, con un gran suspiro de alivio por mi parte. Estaba el maestro en mangas de camisa, de una blanca camisa flamenca, con chorreras o guirindolas. Quiso gratificarme, pero yo no acepté por orgullo: bastábame una mirada benevolente de aquel hombre, en quien yo veía, admirado y confuso, algo así como una gloria nacional.

Ya en la puerta de la calle, me detuve para dar un punto de reposo a mis antebrazos, doloridos por el esfuerzo. Entre acera y acera jubagan al toro, con la finura precoz y el estilo inconfundible de lo que se hereda y no se hurta, dos niños de piel atezada. Eran Fernando y Rafaelito Gómez, los hijos de El Gallo. Nadie podrá negarme que soy la criatura privilegiada que ha visto torear por primera vez al *divino calvo*.

Antes de dejar la pluma, que ha levantado en mi nostalgia la blanca Sevilla de mi niñez, he paseado en sueños por sus nunca desvanecidas calles y placetas y *he visto* jugar en ellas a dos niños predestinados: los hermanos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero... Y aun más allá, en otras plazas y callejas donde otrora jugaron los hermanos Bécquer, otros dos chiquillos geniales jugaban: Antonio y Manolo Machado. Todo en el mismo *espacio-tiempo* que ni Manolo ni yo volveremos a vivir.—**FEDERICO OLIVER**

EN PUERTAS DE SEMANA SANTA

LAGARTIJO, Hermano Mayor "honoris causa" de la Cofradía de los Gitanos malagueños

Por JOSE CARLOS DE LUNA

YA en plena Cuaresma y más que en puertas la Semana Santa, porque las saetas *por siguiriyas* comienzan a vibrar en la *propaganda* que las Cofradías andaluzas ponen de prólogo a *sus* procesiones, recuerdo una anecdotilla de Lagartijo «el Grande», que oí contar a aquel paisano mío que se llamó en esta vida don Carlos Lafuente, y que Dios se lo llevó a la otra con el nombre de Carlitos, porque hasta entonces, y ya con el pelo como el ampo de la nieve, así lo determinó su *democrático* salero.

La amistad del califa con el «pollo de Antequera» fué bien conocida, y quedan pruebas irrecusables y gustosas en el maravilloso archivo que supo reunir don Natalio, porque a su talento y constancia se emparejaron las infinitas condiciones que culminan en popularísima simpatía.

La Semana Santa de Antequera, cuando aun se mantenían en lindes recoletas estas manifestaciones del culto, fué famosa y hasta comprometida para el cincuenta por ciento de los antequeranos: los que no *militaban* en la Hermandad «de Arriba», que presidía don Francisco Romero Roblado con uniforme de ministro, cuando caía el Jueves Santo en esta oportunidad, o de frac y condecoraciones, si el «pollo» estaba en el ostracismo, siempre relativo, de la oposición.

Por aquellos años —¡quién los pillara, aunque fuera con Clypper y jazz-band!— la Semana en Córdoba ofrecía pocos atractivos de popular liturgia, y Lagartijo nada tenía que hacer en su ciudad. Apuraba los potajes y el bacalao con tomate en el cortijo, y entretenía los lubricanes apurando el *celo de la pájara*, con su retaco en la tronera, mientras no rompa plaza el Domingo de Resurrección el primer toraco que le depare el año taurino.

Estaba convencido, desde mucho tiempo atrás, de que pasaría aquella Semana Santa en Antequera, huésped en la hacienda «El Romeral», *comprometio por el menistro* para lucirse con traje corto de vicuña negra, camisola de puntillas y pértiga de plata, delante del trono procesional de la Virgen más bonita del mundo. ¿Que no?... Pues que se lo discutan a un antequerano de la «Hermandad de Arriba», si es que quieren irle con Macarenas y Pastoras.

«Virgen de la Soledad,
¡perla entre las perlas finas!»

A *golpe cantado* llegó el califa en el correo de Córdoba y a la estación de Bobadilla la *góndola* del ministro, con los tres caballotes tordos, acarnerados de cabeza y trenzadas crines y cola de azul y blanco; en el pescante, Toscares, con chupa y botinas de becerro, y a su vera, el Oviguillo, guarda mayor de su excelencia, con el *remisto* entre las rodillas y bandolera de correón con chapa de aljófar.

Mataba Lagartijo dos pájaros de un tiro, complaciendo al encopetado amigo y acercándose a Málaga, donde el Domingo de Resurrección toreaba una corrida de Ibarra, y no cedía en lo del *celo de la pájara*, apurándolo en la dehesa de «Jumillo», con reclamos del marqués de Cauche y de don José García Sarmiento.

Rafael Molina, Lagartijo

Todo como una seda, si no se meten por en medio Carlitos Lafuente y don Paco Barroso. A las puertas de «El Romeral» llegó, de mañanita, una manola, con tiro de cinco jacas a la potencia. Desde Málaga vino tocando diana, un montón de horas antes, con el cascabelero repique de las guarniciones caleseras.

Los malagueños querían llevarse a Rafael sólo por cuarenta y ocho horas, comprometiéndose a devolverlo al caserón ministerial antes del Jueves Santo. Cedió Romero —cosa nada fácil— y cedió Lagartijo, relamiéndose de antemano las almejas a la marinera del ventorrillo caletero de «La Trini».

De verdad que la cosa no tenía otro alcance, ni que la invitación a Lagartijo se embozaba en reservas; pero...

Si los lujos procesionistas eran menos cacareados, la emulación se encabritaba en Málaga a cuenta de tres cofradías de rompe y rasga: la de Viñeros —¡pagos de Cómpeta y Santo Pitar!—, la de la Esperanza y la de los Gitanos. ¿Iba a poder el ministro, entonces en la oposición, más que Gregorio Juárez Monje y Paco «el Guarrirro»?

¡Ni soñarlo siquiera!

El Miércoles Santo pitó la salida el correo de Granada, sin Lagartijo; la diligencia de Ronda no llegó a tiempo, porque se le engarrotó el eje trasero frente a Tajo Azul...; las cinco jacas de Lafuente se infosaron de un hartón de habas en remojo... Todo a cuenta de habilidades y peluconas, desplegadas y sembradas a voleo por Paco «el Guarrirro», hermano mayor de la Cofradía de los Gitanos y calé desde la gorra de alpaca negra hasta los calcetines de torzal de seda color guinda. Y como por fortuna no había *taxis* que alquilar y padecer ni trimotores en que pasar *ducas* y *repeluznos*, cátate a Lagartijo desesperado, primero; después, mohino, y a la postre, consolados con almejas y vino de los Montes, aguardando la hora de ponerse de tiros largos y empuñar la flamante pértiga de Hermano Mayor «honoris causa» de la popularísima Cofradía malagueña, que, sin piquete de Civiles, dió a la brisilla de la noche las melenas de *verdá* de su Cristo de la *Colurna*, los bigotes, tufos y patillas de *bocajacha* de sus quinientos cofrades, y el garbo del rey de los toreros, gracias a la costosa fantasía del *señó* Paco.

¿Que si Romero Robledo perdonó a Lagartijo el desaire?

Creemos que no, y seguro que tampoco lo sabe don Natalio; pero, ¿qué puede un ministro en la oposición frente a una gloria nacional en activo? Además, el «pollo antequerano», ducho en maquiavelismos, apreció el de los malagueños; y «el Guarrirro» no fué diputado romerista porque, seguramente, la Rita no quiso que se apartara de su vera ni se metiera en líos. Si líos pueden considerarse hoy aquellas desavenencias infantiles y comineras entre Silvela y Cánovas.

¡Venturosos trastornos que no le quitaban el sueño a ningún sereno ni un solo cliente a Fornos y a «Los Bufos»!

Vocación, aventura, triunfo y muerte de IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

Ignacio Sánchez Mejías, con un trofeo de los que conseguía con frecuencia, saluda al público

(Continuación)

EL DRAMATURGO

En 1928 da a conocer Sánchez Mejías su drama *Sinrazón*. Lo representa la compañía de Díaz de Mendoza en el teatro Calderón, de Madrid.

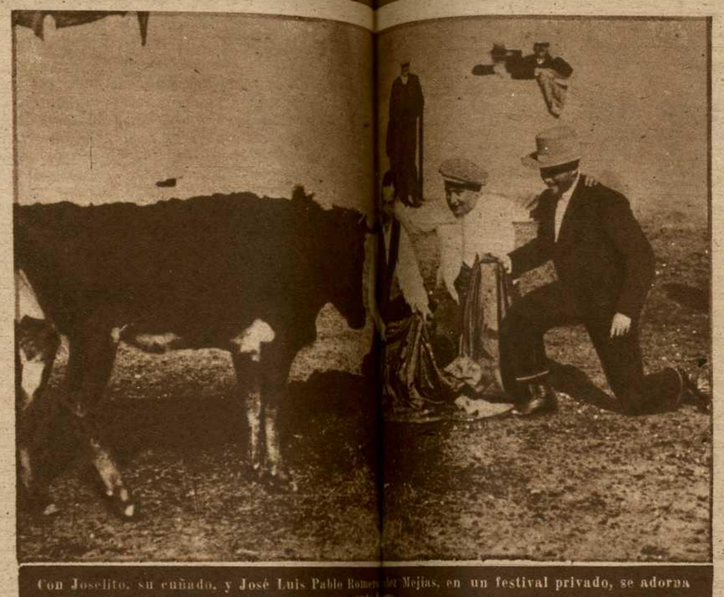
El anuncio del estreno es acogido con gran curiosidad. En torno al hecho, nada frecuente, de que un torero escriba obras teatrales, se hace un apasionamiento de comentarios. Como cuando se encrespaban de disputas los tendidos de la Plaza de toros, en la apreciación de las faenas del espada sevillano. Ahora se discute si un autor teatral puede improvisarse así, viniendo de una actividad tan ajena a la literatura. Para unos, el caso de Sánchez Mejías, hombre culto y gustoso de convivir con escritores, es ejemplar, puesto que está redimiendo a la torería de una leyenda de analfabetismo y de desdén por los hombres de letras. Para otros, se trata de una audacia que va del brazo de la ambición por la popularidad y por el aplauso, que ampliamente se los otorgó ya su vida de torero. Hay quien supone, como para quitar importancia al caso del espada metido a dramaturgo, que habrá escrito algún episodio taurino, tal vez un poco rencoroso y con ánimo de fustigar determinados aspectos del ambiente en que se mueve el torero. Pero otros afirman —y éstos son los que están en lo cierto— que el drama de Sánchez Mejías nada tiene que ver con los toros y que es el tema de la locura el que ha llevado al teatro. Los periódicos publican artículos que comentan el hecho de que Sánchez Mejías se dedique a escribir para la escena; y los amigos del torero, entre los que se encuentran aristócratas, escritores, médicos y comediantes, anticipan que la obra de Sánchez Mejías no es vulgar y que acredita a éste como un hábil autor de dramas.

Son estos amigos los que han hecho que se estrene la obra. Sánchez Mejías se negaba a que se representase. Modestamente, llanamente, decía que no tenía la obra méritos bastantes para justificar su representación. Y, además, que no quería que nadie creyese en él un afán exhibicionista, como una nostalgia de sus días de triunfo en las Plazas de toros.

El resultado del estreno es la sorpresa de quienes aguardaban del nuevo autor una comedia intrascendente, con cualquier episodio de la vida de los toreros, y se encuentran con una obra honda de pensamiento y ajena a los asuntos de la torería.

Tiempo después del estreno, ya sin el apasionamiento propio de su actualidad, un diario madrileño dibujará en estas líneas los verdaderos valores de *Sinrazón*: «La obra no era genial, pero estaba escrita limpiamente, decorosamente. La mano que enarboló la muleta tantas veces, sabía mover la pluma con parecido pundonor que el estoque».

Otra obra de Sánchez Mejías, *Zayas*, si tiene un reflejo taurino. *Zayas* es una comedia andaluza, por la que pasan toreros bien observados y bien transcritos. El estreno se celebra en Santander. Pero sin que haya en torno a esta producción escénica los encendidos comentarios que rodearon a *Sinrazón*.



Con Joselito, su cuñado, y José Luis Pablo Romero del Mejías, en un festival privado, se adorna ante

UNA ASPIRACION SIN CONCRECIONES

Por los días en que Ignacio Sánchez Mejías acaba de dar al público su obra de locos, tengo yo una entrevista periodística con el nuevo autor dramático.

Me parece un hombre muy inteligente y muy personal.

En ese diálogo me explica que, por ser vecino de su casa de Pino Montano el manicomio de Miraflores, de Sevilla, él ve frecuentemente a los allí recluídos, habla con ellos y obtiene de sus charlas muy curiosas deducciones.

A lo largo de esta entrevista con Sánchez Mejías, yo advierto en él cierto hermetismo que no es favorable a la información periodística. Es hombre de pocas palabras, que habla recortadamente y sin ninguna insistencia en cada tema de los que surgen en la charla. Luego, cuando comento esto con amigos suyos más íntimos, me dicen que Sánchez Mejías es, efectivamente, poco dado a lo expansivo en sus conversaciones con los periodistas. Siempre teme que se le pregunte por sus proyectos más inmediatos, a lo que no sabrá responder, porque Sánchez Mejías está en esa aspiración inquietante de lo extraordinario. Los toros le han dado una celebridad, el teatro ha airoso de nuevo —y con estrépito— su nombre; pero esto no es todo en la vida de Sánchez Mejías, porque él sueña con una hazaña suprema, en mitad de nadie sabe qué sorprendentes heroísmos.

Y esto, aunque Ignacio diga que no es nostalgia de sus tardes de toros, porque ciertamente no lo es, pues lo que Sánchez Mejías es algo impalpable y acaso inconsciente, pero algo que nada tiene que ver con los triunfos en los ruedos.

En una crónica de Romero Murube, publicada poco después de la muerte del torero, en la que se sintetiza la aventura vital de Sánchez Mejías en su heroísmo, en su voluntad y en su deseo, se hace esta atinadísima advertencia: «Fué torero fuera en el instante sevillano en que él nació, la cosa romántica hispalense estaba en la torería. Era lo heroico de entonces. Si Ignacio hubiese vivido los veinte años ahora, hubiera sido cualquier otra cosa —heroica y difícil, desde luego— menos torero».

VERSOS INEDITOS

Se ha dicho que Sánchez Mejías, paradójico y nada transparente siempre de sus pensamientos, vive en esta época de su vida la amargura de no tener una aureola como poeta, pero que esa tristeza la exhibe y que el silencio que se ha impuesto lo hace aparecer con excesiva sequedad cuando se comentan temas literarios, a los cuales es muy aficionado. Yo no sé si, efectivamente, piensa ya siempre así el autor de *Sinrazón*; pero, generalmente, Sánchez Mejías, hombre campechano y espontáneo, sus mayores reservas empiezan cuando es un periodista quien le pregunta.

Lo curioso es que un hombre que todas las tardes que se vistió de torero tuvo el valor de jugarse la vida en las plazas se muestre tan tímido y tan recatado para hacer circular los versos que escribe. No quiere darlos a conocer más que a los amigos más cercanos a sus contertulios de cada tarde y de quienes sabe que no van a divulgar cohibiendo su ilusión de ser poeta. Todos le animan a que publique sus versos. Los jóvenes poetas con quienes se reúne asiduamente, le dan grandes alientos para esa romántica empresa de publicar un libro de versos; pero Sánchez Mejías se estremece sólo de pensarlo. Cree que sus versos son muy malos. Y teme que se le reprochen y se le satiricen y se le hagan «un coro de burlas encadenadas», según frase de él mismo ante un editor que también lo anima a que publique sus versos.

Otra paradoja de Sánchez Mejías es la de sus altos en los proyectos literarios para hablar de negocios. Son cambios bruscos en sus afanes. De repente, da de lado a la tarea de escritor, de la que hablaba horas antes con aguerrido entusiasmo, para explicar unos negocios en los que ha pensado y que le exigirán una actividad grande y unas ausencias prolongadas. Y, poco después, vuelve a mostrarse exclusivamente atento a la labor literaria, y a planear nuevas comedias, y a discutir apasionadamente de versos y de autores.

Y OTRA VEZ A SER TORERO

Pero lo que más sorpresa produce en el ambiente en que se mueve Sánchez Mejías es su decisión, en el año 1934, de volver a vestir el traje de luces.

Al principio, todos tienen por chanza lo que dice Ignacio. Pero en seguida hay que aceptar como cierta esa resolución, pues se le ve en un constante ejercicio para adelgazar, preparándose para su vuelta a los ruedos.

Con la noticia, que circula por todos los periódicos de España con recia tipografía, cunde el estupor en todas partes; en los comentarios de los aficionados a los toros, y en los cenáculos literarios, y en las reuniones aristocráticas, y en los saloncillos de los teatros, y en los campos andaluces que tantas veces han visto pasar, jinete en un caballo, al señor de Pino Montano; una sorpresa y un interrogante en torno a Sánchez Mejías.

Y en seguida, la otra noticia, complemento de la anterior, según la cual está enfermo Sánchez Mejías como consecuencia de su porfiado entrenamiento

Para algunos, esta dolencia puede determinar la renuncia a intentar de nuevo el éxito en las Plazas de toros. Pero quienes tienen esa sospecha, saben muy poco de la recia voluntad del torero. Este ha dicho que vuelve a la profesión, y vuelve. Son inútiles los ruegos de sus amigos para que desista de tal propósito. El día 15 de julio, los carteles de la Plaza de toros de Cádiz anuncian la reaparición de Sánchez Mejías, que va a alternar con el Niño de la Palma y con Pepe Gallardo en la lidia y muerte de seis toros de Domecq.

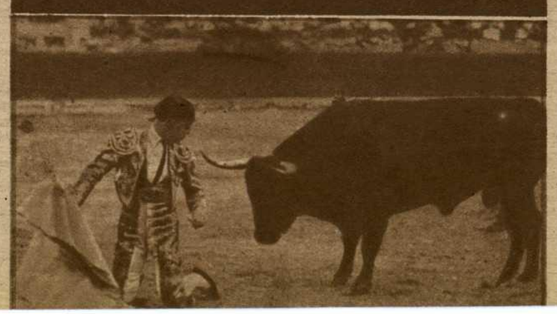
FERNANDO CASTAN PALOMAR

(Concluirá)

En su primera época de matador, en uno de los días de triunfo da la vuelta al ruedo entre ovaciones

Un adorno temerario del valiente torero (Fots. Baldomero)

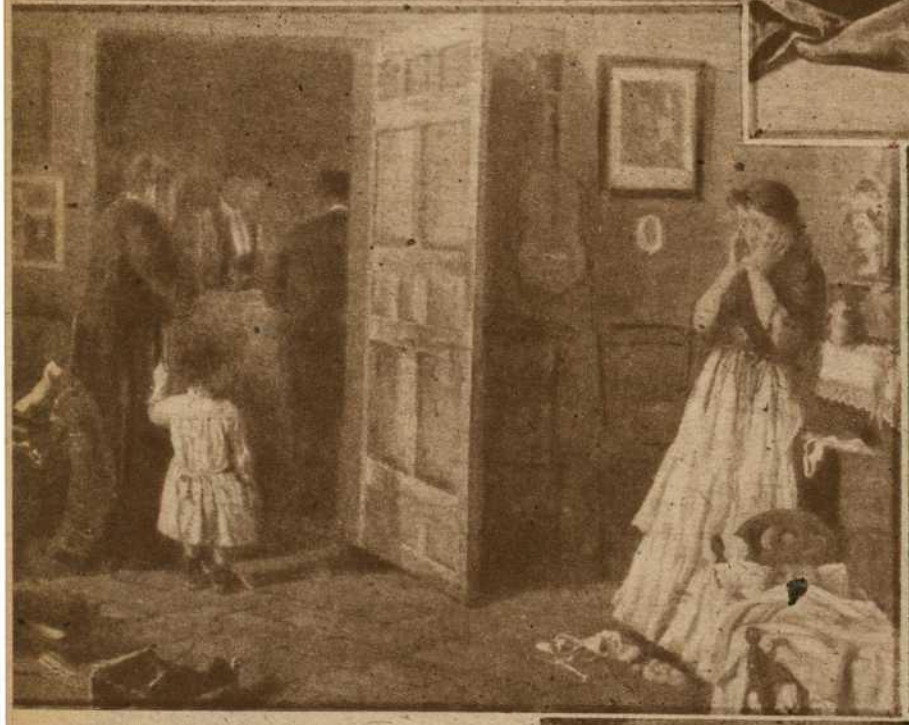
Otro desplante de Sánchez Mejías, después de rematar un quite



EL ARTE Y LOS TOROS

Anverso y reverso en la pintura de la vida del TORERO

EL DOLOR



«Picador herido», de Chaves, cuadro que por sí solo habla del lado triste de la carrera aparentemente alegre y bulliciosa del torero

J. de la Maza, «Después de la cogida». Lienzo de una gran emoción, de un hondo patetismo, ante el triste desamparo producido por la cogida del diestro. El artista no descuidó en este cuadro, no exento de buena técnica, todos los detalles de una desolación infinita

«El torero herido», famoso cuadro de Carlos Vázquez, que refleja, indirectamente, el dolor y la tragedia en la vida del torero

DE los dos polos opuestos, alegría y dolor, que se enfrentan y batallan; de ese conjunto de emociones dispares y contrarias, cual la risa y las lágrimas, está hecha la vida. Una existencia eternamente feliz es, por lo general, tan rara, tan poco corriente, como la de vivir eternamente esclavo y sujeto a la desgracia. De la fusión de ambas está formada la existencia humana. Todo en la vida tiene su compensación y equilibrio, el lado bueno y malo de las cosas. Es decir, que junto a la felicidad está vigilante y atenta la desgracia, al lado de la íntima satisfacción, la pesadumbre y la tristeza. Así, en la vida, tan llena de emociones, del torero, se agudizan y exaltan, se ponen más de manifiesto estos dos polos opuestos: el anverso y reverso, el lado favorable y desfavorable de su existencia. No hay lo que pudiéramos decir punto medio, de perfecto equilibrio, anodino e insulso, carente de emoción y de interés, que es la indiferencia. Todo en la vida del torero propende y se inclina hacia los estados contrarios. O muy alegre o muy triste; rico o falto absoluto de recursos. A un lado, el diestro que se encumbró, enriqueciéndose, a fuerza de valor, en los ruedos; al otro, el desgraciado sin suerte que vive junto al peligro y sin dinero. ¡No es tan brillante, no, la carrera, como a primera vista parece! Que si tiene alguna vez compensación, está llena de riesgos. Recuérdese a la infinidad de toreros que murieron en la Plaza, o a consecuencia de una cogida, dejando a los suyos en la pobreza y la indigencia.

Los dos aspectos del sentir humano, las dos expresiones fundamentales de la vida, las dos manifestaciones primordiales del curso de nuestra existencia, quedaron bien patentes en la pintura española, especialmente en lo que se refiere y circunscribe a los toros. Unos artistas exaltaron la fiesta buscando su lado bello, su aspecto verdaderamente decorativo, la faceta alegre y afortunada de la azarosa y extraordinaria vida del torero. Otros, más dados a la emoción impresionista, se entregaron sin reservas al patetismo pictórico, reflejando el sentido negativo e hiriente de la fiesta, bien directamente o buscando de una manera discreta, elegantemente, el dolor, sin necesidad de enfrentarse con el dolor mismo. Dos cuadros de este tipo o naturaleza ilustran esta plana, demostrando gráficamente este aserto. El uno, famoso ya, muy conocido, de Carlos Vázquez, "El torero herido", refleja bellamente, y como ningún otro, el dolor, cabe el recinto mismo de la Plaza. La tragedia en él no se ve; se adivina. Se vislumbra o supone tras el gentío que a la puerta del tendido sigue emocionado los incidentes de la lidia. No es preciso ver más para comprender todo lo ocurrido. El diestro, en mortal cogida, ha sido herido, y la mujer de sus sueños, la verdaderamente amada, su primera y más ferviente admiradora, huye aterrada y despavorida, corre llorosa, tal vez, al coche que le aguarda, o mejor aún, a la enfermería, donde, en brazos de las asistencias, llegó desfallecido el diestro. Las rosas con que poco antes, alegremente, adornó su pecho, se han cubierto, para su corazón, de espinas, y el vistoso mantón que adornaba sus hombros se arrastra ahora por la polvorienta escalera, barriendo el suelo.

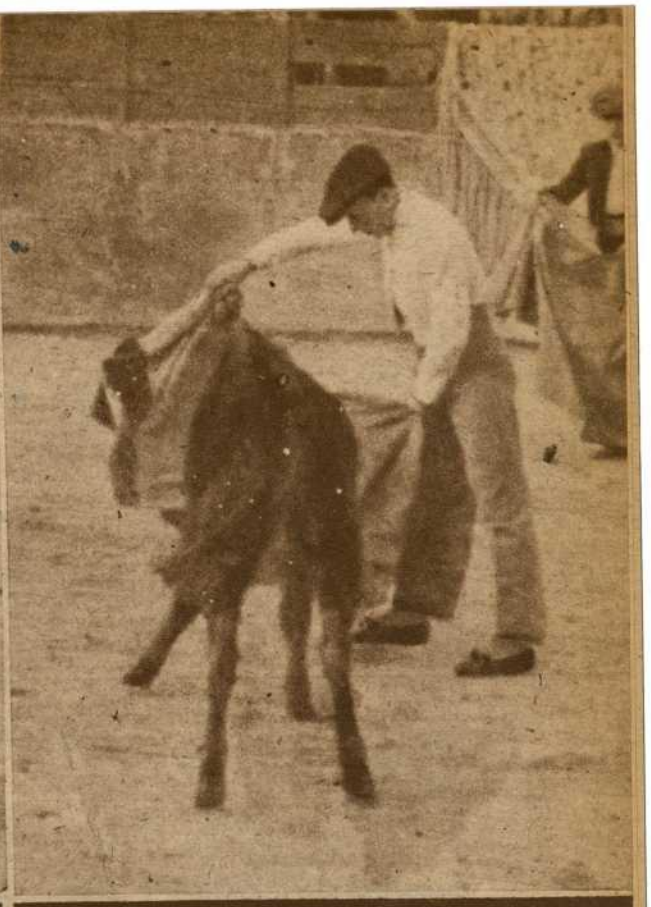
El otro cuadro, del J. de la Maza, recoge una escena ya en la casa del torero después de la cogida. Ha entrado el dolor en el hogar humilde del oscuro profesional de la lidia. Un hatillo en el suelo, que sin duda llevó el más modesto peón de la cuadrilla, recoge los estoques y los capotes ensangrentados —rojo y guardia— de faena, mientras cerca, en una silla, vencido y derrotado como el maestro, descansa el traje de luces. Al fondo, una puerta ante la que se apiña la gente —familiares, compañeros, amigos y curiosos—, que presencia el dolor, consecuencia inmediata de la tragedia. Mientras, en primer término, la mujer del torero, despavorida y aterrorizada, no sabe lo que hacer. Tal es el problema de angustia y pesadumbre que en aquel momento reina en la casa. En la pared, colgada, representación muda de tiempos mejores que pasaron, está la guitarra. A los pies de la mujer duerme en una cuna, inocentemente, un niño. Más allá, otro, que el artista plasmó graciosísimo, se coge un tanto cohibido y asustado, a las amplias faldas de su abuela. No tiene edad todavía para comprender hasta qué punto el Destino empieza a torcer en su principio el camino ya tortuoso de su vida. La escena no puede ser ni más curiosa ni más emotiva.

Y al lado de estos dos cuadros, el de un tanto dramático, de Chaves, "Picador herido", y en la lista de pintores que abordaron el tema, que llevaron al lienzo el dolor y la tragedia en la vida del torero, de una u otra manera, aparecen los nombres de Villegas, con la bella composición compositiva "La muerte del maestro", y el otro semejante, "Murió el maestro", y Angel Lizcano con sus famosos cuadros "La cogida del diestro" y "Toreador herido durante la corrida"; Mariano Benlliure, con la acuarela "Picador herido"; Juan García Martínez, con "La última suerte o la muerte del torero"; Novás, con "Ultimos momentos de un torero sobre la arena del circo"; Vázquez Díaz, con su bella obra pictórica "Torero muerto", llena de un hondo sentido dramático y de una riqueza grande de colorido; Perea, el magistral diabujante taurómaco de otros tiempos, con no pocas obras de este tipo y tantas más que supieron recoger con fidelidad suma, con exacto verismo, con su arte depurado y emotivo, el dolor, la parte agria y lamentable de la vida, acaso porque la del torero está desgraciadamente ligada a este oculto sentimiento. La pintura española es pródiga en este asunto.

MARIANO S. DE PALACIOS

Un alumno de la Escuela de Ingenieros de Caminos, en un derechazo

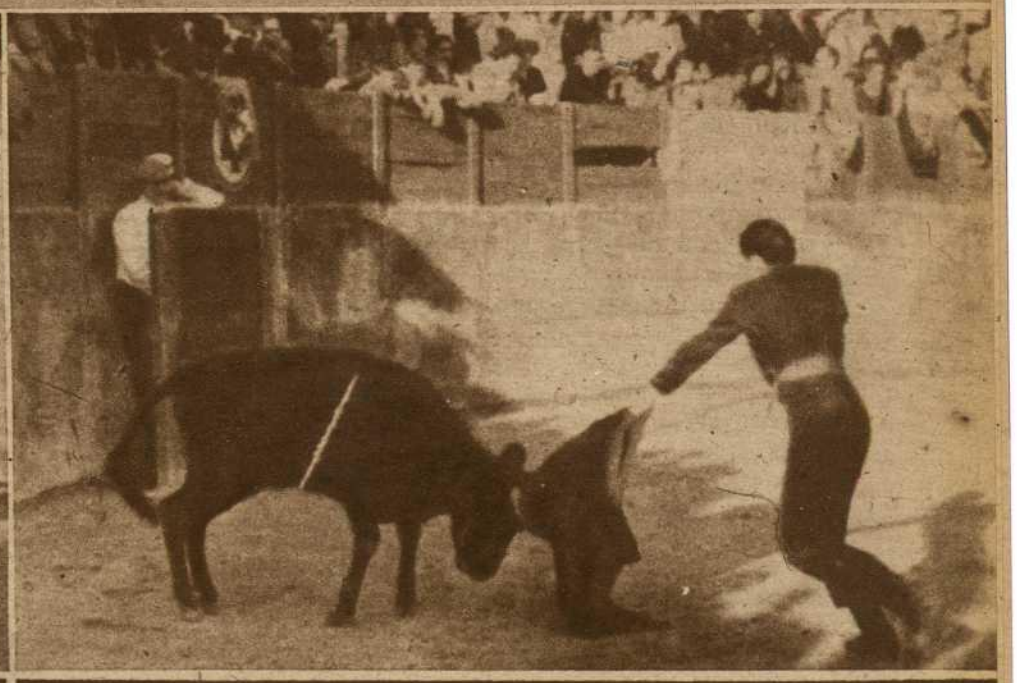
Un par de banderillas colocadas con muy buena intención



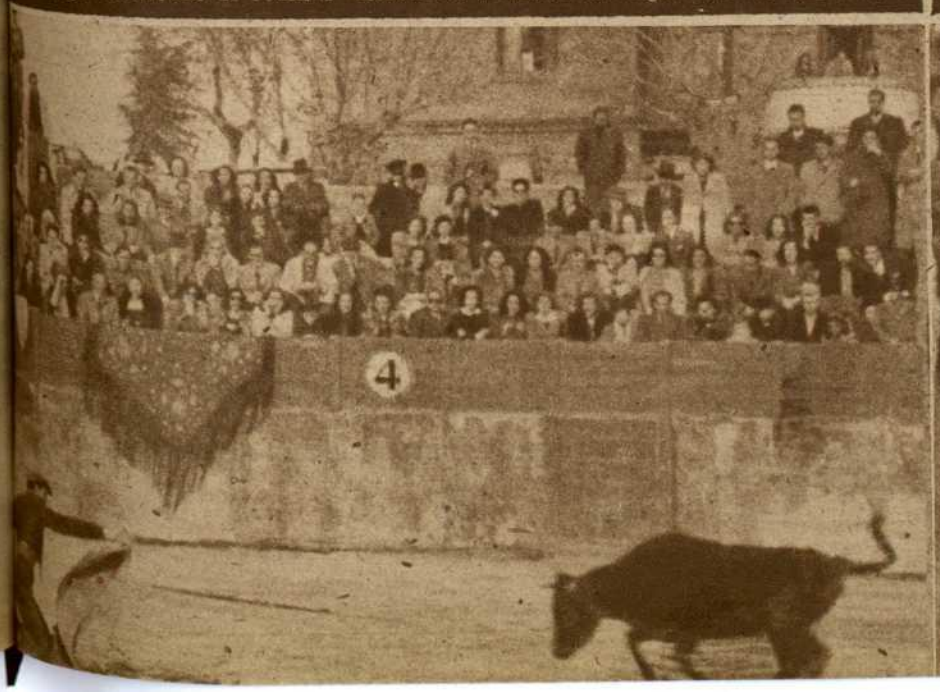
Otro alumno, con planta y tal, rematando con media verónica

FESTIVAL DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE INGENIEROS DE CAMINOS

¡Cualquiera diría que este futuro ingeniero es un as taurino! — Abajo: Hasta la larga cambiada de rodillas dieron los alumnos de Ingenieros de Caminos



Un futuro ingeniero, a la hora de entrar a matar. — Abajo: Los matadores dan la vuelta al ruedo y reciben las ovaciones del público (Fots. Marí)



REFLEXIONES DE INVIERNO

DESPEDIDA mirando al PUBLICO

COMO se ha puesto de moda en las arenas de los ruedos torear mirando al público, voy a seguir la corriente por una vez, y también voy yo a mirar al público en esta ocasión. En primer término, no se sabe si el público de los toros ha leído todas estas reflexiones invernales que le vengo endilgando desde noviembre; pero, en fin, algunos, aunque sea en la peluquería, habrán parado mientes en ellas. También se ignora el asentimiento que hayan podido prestar a esta especie de campaña que entra dentro del género que definía mi querido compañero «Juan León» la pasada semana, es decir, de aquellas a las que sólo guía un amor y un interés sin límites por la fiesta de los toros, aunque haya tenido que incurrirse en acritud y violencia, a manera de cautería, en problemas que se estimaban presentes y dañosos. En fin, todo ha quedado ya en suspenso, y sólo me queda dirigirme al público para manifestarle mi simpatía, devoción y agradecimiento por el modo que responde a su papel de basamento necesario de la magnífica fiesta. Y si me permitiera, además, unos consejos...

El público de los toros, el que yo apeteceria para la inmediata temporada, debe ser conservador de la fiesta. Debe sentirse responsable de la fiesta y de sus derroteros y poner esta preocupación en su límite justo —nunca podrá parecerse el aficionado a toros a un empelucado juez—, junto a la pasión y junto a la diversión, de modo que éstas no destruyan ni dañen a un elemental sentido de conservación, útil, saludable y necesario ahora como nunca. Hay que darse cuenta de que el toreo vive en revolución desde hace treinta años —Juan Belmonte alzó la bandera—, con todas las consecuencias favorables y desfavorables que ustedes —el público— pueden sacar de esto. ¿Quién duda que la revolución de los toreros, iniciada por el triánero, remansada después, ha sufrido un avance impresionante en el último quinquenio? ¿Y quién duda que el toreo ha recibido beneficio de ella, como lo recibe de la presencia de ese diestro, en cuya oposición me colocaba —muy equivocada y gratuitamente, por cierto— un anónimo cordobés? Ahora, que la revolución tiene sus quiebras, y la principal suele ser la recaída en su permanencia, el que no sepa detenerse a recoger su cosecha, el no consolidar sus avances, que así quedan definitivos por siempre jamás. En los toros se está viendo el exceso actual de esa revolución, en el sentido de que hoy no se ven en primer término las ventajas conseguidas, sino el costo de lo que se consiguió: la reducción infinitesimal del toro, la inflación económica. Para superar ese sentimiento, que es el que hace que se proteste a Manolete en una faena muy buena, los diestros se ven exigidos a nuevas y nuevas maravillas en una temporada, las mismas que por sus pasos contados habrían de ganarse en lustros.

¿Nos detendremos? Yo se lo rogaría al público. Que frene en seco, que se contente, ¡que ya está bien!, con lo conseguido, y que sus exigencias vayan por el camino de lo que se ha dejado atrás, para que se incorpore, para que vuelva lo que se ha perdido. Sólo en la medida de lo que el concepto tradicional del toreo —que para abreviar y que nos comprendamos pondremos en Joselito— pueda incorporarse a los nuevos avances, habrá ganado el toreo. Por eso, Belmonte fué fecundo y su revolución tuvo un avance glorioso en seis años, que nadie, ni el más lerdo, pudo ignorar. Por eso, la aportación actual de Domingo Ortega, más cerca de la raíz belmontina, es tan importante en las Plazas, siquiera no sea decisiva. Es urgente que todo el toreo, no una de sus facetas, la más importante si se quiere, avance a compás, porque no sería extraño, por el contrario, que en esta revolución permanente se quebrase la medula, el arte de torear, y por uno de esos fenómenos pendulares a que son tan aficionadas las masas, se volviesen los ojos a zonas de rudeza, como reacción, y dejasen el toreo otra vez en su ser y estado de hace cincuenta años. A veces, ante el abuso y la corrupteia, se explica uno ese deseo.

Del público pende mucho, o casi todo. Yo habría de pedirle serenidad sobre todo, y que la pasión, lógica y necesaria en la fiesta, se canalizase hacia el pasado. Será el mejor el que, sin abandonar una línea conseguida, vaya reuniendo en su labor, en la sensación de riesgo, en su justa guapeza, en su enfrentamiento a enemigos que puedan dejar salvada ya a su favor las comparaciones con el ayer, aun el de sólo cinco o diez años hace, las mayores características de la torería de todos los tiempo. Hoy se torea a pies juntos sobre la actualidad, y hay que echar uno atrás, a la tradición, sin mover el otro de la revolución. Yo excito a aplaudir eso, o su intento verdad, en la próxima temporada. Si hay diestros cortos de andadura, que aleguen donde puedan; pero yo tengo la seguridad plena de que entre los que se visten de luces hay quien puede hacerlo cumplidamente —ése o esos de las discusiones—, y a ellos hay el deber de exigírselo, de que en su futura retirada dejen lleno el espacio entre el sitio a donde llegaron y el que encontraron.

Así nos podemos divertir mucho. Eslabonando, llenando espacio y longitud. En esa pasión y con esa serenidad el público puede hacer mucho. Puede incluso restablecer el abono en Madrid y su significado, que parece difícil, con sólo que aplique a los diestros que toreen en sus antiguas fechas el criterio que aplicó a los que las torearon en su día, y concediendo los entorchados que en él se ganaban.

Vamos, pues, querido público, a mirar atrás lo justo, a no perder lo ganado, y a divertirnos en ello. Y en esos términos va mi despedida, mirando a los tendidos.

EL CACHETERO

EVOCACIONES

CHICUELO, QUE AHORA SE RETIRA, UNICO ENLACE ENTRE LO QUE BRILLABA EN 1921 Y LO DE AHORA

Granero

EN mi incorregible afición de robarle cuartos de hora a la tarea de cada día, para leer "cosas viejas", he encontrado un curioso libro, resumen taurino de algunas temporadas, y en él hallo la descripción de la de 1921. Aparte el interés que a ese período, en los azares de la fiesta, le presta el haber quedado atrás, con un cuarto de siglo encima, tiene ese año una singularidad. Era el primero —tras la fatídica fecha de mayo del 20— en que no actuaba Joselito. La pareja —esa apasionada competición, duelo de dos figuras, que ha sido siempre el más incitante motivo de sugestión y de acaloradas discusiones— se había roto. Y Belmonte, solo, en espera de la figura que pudiera relevar al coloso sevillano, se hallaba retraído. En Madrid, salvo en la corrida de la Prensa, apenas actuó. La fiesta se hallaba de luto. Era muy grave el quebranto —aparte los aspectos sentimentales— que causaba la desaparición trágica de José. Y, sin embargo, la temporada fué interesante. No sé qué ocurre con este gran espectáculo, el más nacional de todos, entrañado a las costumbres y los gustos de los españoles, que cuando parece que va a decaer, que pasa por períodos de atonía, encuentra el factor inesperado y deslumbrante que lo eleva y abrillanta. Entonces, hace veinticinco años, fueron "los tres Manueles".

¿Quiénes eran los tres Manueles? Para los que tienen veteranía en la devoción por los toros, y han asistido a muchas corridas, no es difícil la evocación. Se trataba de Varelito, Chicuelo y el valenciano Granero. Diré antes que en aquella temporada hubo sucesos destacados, unos de carácter dramático. Alegres y de triunfo, otros. Esto ha sido siempre nuestra fiesta bravía, el contraste, que simboliza en ese episodio tan frecuente de que, mientras un torero, desgarrado, en la antesala de la muerte, queda desplomado sobre un lecho de enfermería, otro, en la sustitución, entusiasma y enardece a los públicos. Así es, en general. Retiradas en penumbra y miseria, anulación y olvido de valores que tuvieron luz y prestancia, y aparición rutilante de gentes nuevas. Desgracia y fortuna, en una paradójica y constante compatibilidad. Las notas relevantes fueron: una cornada mortal que sufrió el famoso varilarguero Veneno, la confirmación de alternativa de Manuel Granero, un éxito apoteósico de Márquez, novillero todavía, y la corrida del 17 de mayo, que fué la del triunfo de los tres Manueles. En el capítulo negro, también hay que registrar otra cogida mortal: la de Ernesto Pastor. La corrida de más altura, la cima de la temporada del 21, fué, como queda dicho, la de Varelito, Chicuelo y Granero. Desaparecidos el primero y el último, al cabo de un cuarto de siglo, Chicuelo ha seguido en la actividad, y ahora se anuncia su retirada. Pocos casos habrá en la historia del toreo de una continuidad semejante. Más de veinticinco años por los ruedos, con alternativas de gloria y pasajes de sombra y aislamiento, pero siempre con un nombre prestigioso. A partir de aquella memorable tarde —la del santo de Alfonso XIII—, todos los carteles y todo el interés de aquel período se cifraron en los Manolos victoriosos. Alejado Belmonte del coso madrileño, no habiendo actuado más que en una corrida Rafael, el Gallo, enfermo Sánchez Mejías, ellos llevaron el peso de la campaña. Varelito, el inigualable estoqueador, fué el de la actuación más uniforme, más regular, porque siempre dió la nota de hombría y de valor. Chicuelo comenzó con un triunfo inenarrable en la primera de abono. Defraudó en tres tardes subsiguientes, en que volvió a esa forma de apatía o de pusilanimidad que le eran características. En la corrida que se denominó "de los Manueles", estuvo sencillamente colosal, y quedó el mejor de los tres. Y después, en tres corridas más, en una Regia, patriótica, y en la de la Cruz Roja, se mantuvo en el terreno de la desconfianza. No volvió por sus laureles. Y Granero, finalmente, en su alternativa y en la siguiente, *apuntó;* dejó adivinar su estilo y sus condiciones, pero sin cuajar. Tuvo el éxito extraordinario del 17 de mayo, y luego anduvo más apagado, con menos suerte, pero sin perder la categoría alcanzada.

Manuel Varé, Varelito

Otros matadores que actuaron en aquella temporada —que ya parece tan lejana— fueron: Luis Freg, Nacional, La Rosa, Fortuna, Valencia, Larita, Joselito, Emilio Méndez, Carnicerito, Paco Madrid, Vázquez, Celita, Algabeño II, Camará, Dominguín, Casielles, Alcalareño y Angelete.

Pero ninguno de ellos dió la menor nota descollante. Y todos, al cabo del tiempo, muertos unos y retirados del arte taurómaco, otros, no han mantenido su presencia en los escalafones. De los que actuaron aquella temporada queda uno sólo: Chicuelo.

Parece que en este año de 1945 se retirará definitivamente. Y al desaparecer el sevillano de los ruedos, queda anulada la única vinculación que persistía, a través del tiempo, entre aquel año —veinticinco hacia atrás— y el actual.

En el tiempo transcurrido, ¡cuántas cosas!

Chicuelo se va, y con él se rompe la conexión del tiempo pasado y del moderno.

No incurriré en la puerilidad de enjuiciarlos para discernir cuál es mejor. Pero me ha parecido interesante —cuando menos, curiosa— la exhumación, en los momentos en que se aparta de la actividad la única figura que ha mantenido hasta ahora el enlace con lo que atraía la atención y despertaba las admiraciones hace un cuarto de siglo.

Chicuelo deshace, al marcharse de los ruedos, donde por primera vez abrió la mágica gracia de sus chicuelinas, el lazo que nos traía en Granero al campo que hoy pisa Manolete.

Y al irse ya, nos deja sin medida para establecer comparaciones. Si ayer, si hoy. Si lo antiguo, si lo moderno.

FRANCISCO CASARES

Chicuelo

Modelo patentado

ORTEGA — Fondo encarnado

MANOLETE — Azul celeste

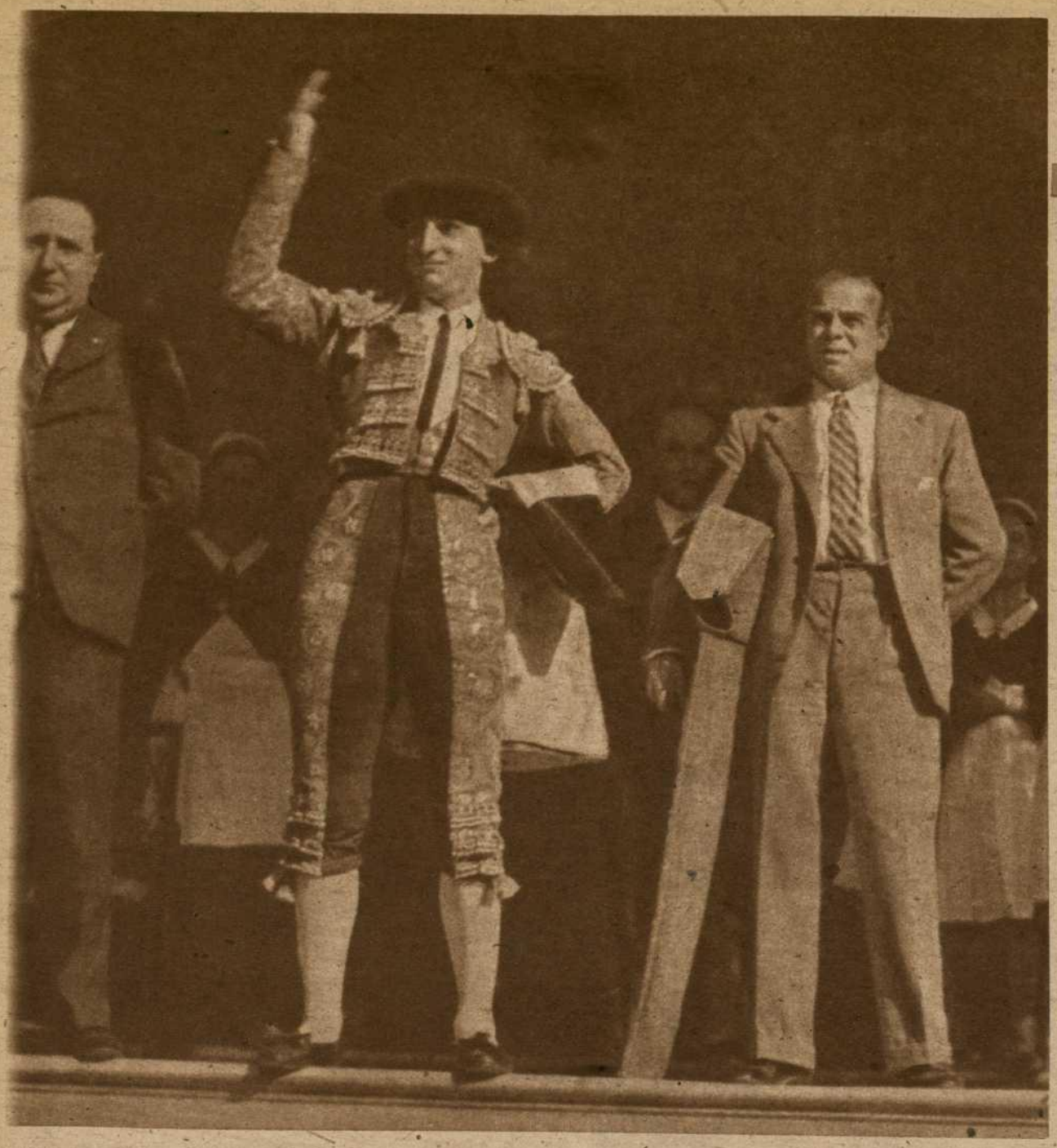
ARRUZA — Fondo amarillo

¡Nada de que la gente siga ignorando quiénes son sus ídolos taurinos! Tenga usted el valor de sus opiniones y lleve en el ojal de su bien cortada americana la esmaltada insignia que le venderá su camisero, el cerillero de su café, o... su recaudador de contribuciones

Precio venta público, 5 pesetas

Pedidos de más de veinte insignias a **LICERAS**, Embajadores, 49.. Teléfono 70772

VICENTE BA



Vicente Barrera, en la puerta del hotel de Logroño, la tarde de su primera despedida, el año 1935. Le acompaña su mozo de estoques «Madrileño»

ROSA y oro era el traje de Vicente Barrera, en aquella tarde luminosa de la alternativa en Madrid, confirmada por Chicuelo. Brillante como el sol de Levante. Rosa y oro, mezclándose, para formar tonalidades diversas. Buscando el deslumbramiento de quienes acudían a ser testigos de una ceremonia. Con la que soñó el diestro valenciano desde su escapada a Baeza, en aquella tarde de verano.

Desoyendo consejos paternales. Y despreciando el bienestar del hogar. La posición desahogada de su casa no era motivo de atracción en él. Soñaba con el toro, y a él intentaba consagrar su vida. Su futuro tenía que ser ése, sin que sospechara por entonces que el riesgo de la profesión taurina le depararía comodidades inmensas... Superiores a lo que entonces le brindaban sus padres.

Hoy vive junto a los suyos, al margen de la fiesta. Sin vivir esos riesgos del toreo y disfrutando, eso sí, con sus hazañas, repasando su historia, pero sin que esto pueda influir para nada en nuevas tentativas de reapariciones.

El diestro valenciano nos ha dicho su última palabra. Para desmentir noticias aparecidas sobre su última corrida, a celebrar en la ciudad del Turia, como despedida de sus paisanos.

Vicente Barrera, desligado totalmente, no quiere saber absolutamente nada sobre corridas de toros. Y como aquella tarde en que marchó, con fe y entusiasmo, camino de la torera Andalucía, hoy se refugia entre naranjos para no sentir eso que les domina a quienes vivieron muchos años de primeras figuras de la tauromaquia: la afición.

El dominio de Vicente Barrera con los toros ha sido único. Algo, que quizá se mantenga todavía oculto, lo llevó a la cumbre. Y era, a nuestro modo de ver, su estilo. Tenía un toreo personal, de mando sobre el bicho, que le dotaba de esas calidades inigualables. Vicente Barrera ha sido de los diestros más fáciles. Sin retorcimientos, dando al arte toda la naturalidad que poseen, sólo y exclusivamente, los «maestros».

En Valencia, con motivo de una corta estancia en la capital levantina, nos revelaron el secreto.

—Vicente Barrera —nos dijo un buen aficionado y amigo— no toreará más.

—¿A qué obedece ello? — le preguntamos.

—Imposible de descifrar. Unicamente el interesado justificaría esta decisión, que es firme.

Y en la casa de Vicente Barrera, lujosa mansión, donde las comodidades y el cariño de sus seis hijos son un freno a vestir el traje de luces, encontramos grata acogida.

Documentos fotográficos, que cantan por sí solos lo que fué el valenciano. Las faenas más grandiosas están recogidas en este pequeño museo taurómaco. Por todas partes se ven, escalonadas las fechas, toda la vida artística de la figura valenciana. Veintiún años, desde aquella tarde en que, vestido de corto, mató la primera becerra en Torrente. Luego, Valencia lo reclamaría al mes justo, ya con su traje de luces, enfrentándose con ganado de Concha y Sierra. Su primer triunfo lo saboreó en esta tarde, que decidió su carrera artística.

La reciente fotografía del matador de toros valenciano, que anuncia ahora su definitiva retirada

¡Cuatro orejas en dos novillos! ¡Y eso que entonces no se prodigaba, como hoy, el corte de apéndices!...

El camino más difícil ya lo había vencido. Se le presentaba, liso y llano, sin tropiezos para sus fines.

—¿Cómo fué su principio taurino?

Esta es la primera pregunta que formulamos a Barrera.

Realiza un esfuerzo para recordar fechas y tardes apoteósicas. Casi se ha olvidado de aquel entonces. Y lentamente, saboreando en este recuento de datos lo bueno de su vida de torero, expone los hechos más salientes.

—Quizá la temporada cumbre fuera la del año 1932. Despaché cincuenta y cinco corridas, cortándole orejas a casi todos los toros. Actué cinco o seis veces en Madrid, y en tres tardes los toros fueron arrastrados sin orejas. ¡Y a la feria de julio!...

—¿Triunfó en su tierra?

—Por ser ininterrumpido el éxito ante mis paisanos, recuerdo las diez corridas en que tomé parte. Todos los toros se fueron sin orejas. Y un mano a mano con Marcial el año 1933. A los tres los desorejé. En Madrid no había triunfado tan ruidosamente como en esa tarde. Y en una corrida de la Prensa, con Ortega, Bienvenida y Marcial, en 1932.

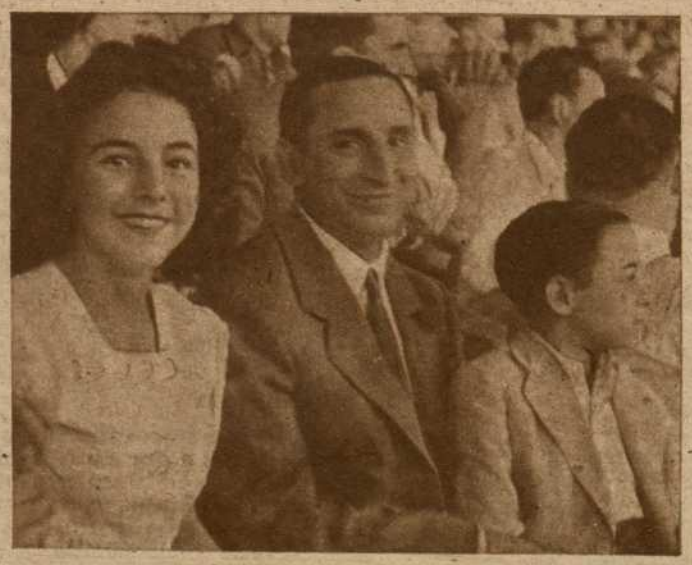
Vicente Barrera, poco dado a las estadísticas, salta de una época para otra. Se va de su actuación de matador a la de novillero.

—Por cierto, ¿qué le pasó en Sevilla?

—Debuté en la Maestranza, de novillero. Y como no tuve suerte en la segunda actuación, prometí no volver a torear en Sevilla ni despachar toros de Miura, que eran los que se lidiaban ese día.

—¿Y lo ha conseguido?

—¡Vamos que si lo cumplí! En Sevilla no me han



En la Plaza de Valencia, en las corridas de la Feria, Vicente Barrera es espectador con dos de sus seis hijos. La alegría es reflejo de su satisfacción, al margen de las luchas taurinas

BARRERA no volverá a vestirse de luces

visto torear, después de aquella segunda actuación de novillero.

La temporada de 1925 torea diecisiete novilladas, y treinta y dos en 1926. A continuación surge la rivalidad taurina regional Vicente Barrera-Enrique Torres, en el coso de Valencia, llenando la Plaza en cuantas combinaciones se formaron a base de los diestros levantinos. Su paso por Madrid pasó casi inadvertido en las actuaciones del 14 de mayo y 17 de junio, inmediatas a su alternativa en el año 1927.

Y de su época de novillero, la mejor tarde que cuajó fué en Málaga, al despachar tres novillos por la cogida de Mariano Rodríguez. Cortó las seis orejas, tres rabos y una pata.

A los pocos días, la alternativa. Como padrino, Juan Belmonte, que le priva de triunfar, por la apoteósica tarde que cuajó el trianero. Y en Madrid, con aquel traje rosa y oro, símbolo de ilusión, encuentra igualmente una barrera para triunfar ante la mejor afición de España.

Chicuelo, ilusionado por la expectación, que había servido para llenar los tendidos, deslumbra con sus pinchazos naturales... Y Barrera, cohibido, decepcionado por aquel principio, no puede triunfar en esa fecha, en que todo diestro ansia la gloria.

El diestro levantino, en una tienta verificada el año pasado, vistiendo el traje campero y sombrero ancho. En espera de intervenir, descansa apoyado en uno de los árboles de la finca

Viajes a América, en la temporada 1931-32. Seis corridas en El Toreo, y nuevamente, en 1934-35, a Lima y Caracas. Tras estos triunfos, la nostalgia del hogar y la retirada, primera de las que nos llegarían desde la ciudad del Turia. Esto era en 1935, al terminar la temporada.

Y la reaparición surge en el año 1938, durante la campaña de Liberación, actuando en Francia, Portugal y España.

Hasta 1945. Ultima temporada, con tres corridas, en Castellón, La Línea y Barcelona. A los treinta y ocho años, y veintiuno de torero, Vicente Barrera hace firme su decisión. Ha encontrado en sus negocios y el campo la distracción, que le harán olvidar los triunfos y las ovaciones.

Por la presencia de otros valores y las dificultades del momento, aun siendo más cómodos de torear los astados, Vicente Barrera ha estimado que debía retirarse.

—¿Es firme?—le preguntamos.

—Ni campo ni festivales. Todo al olvido, como algo pasajero en la vida de los hombres, sin que ello pueda hacerme sentir la nostalgia.

Vicente Barrera nos ha dicho adiós. Con la mayor ocultación, porque en esto también tiene personalidad.

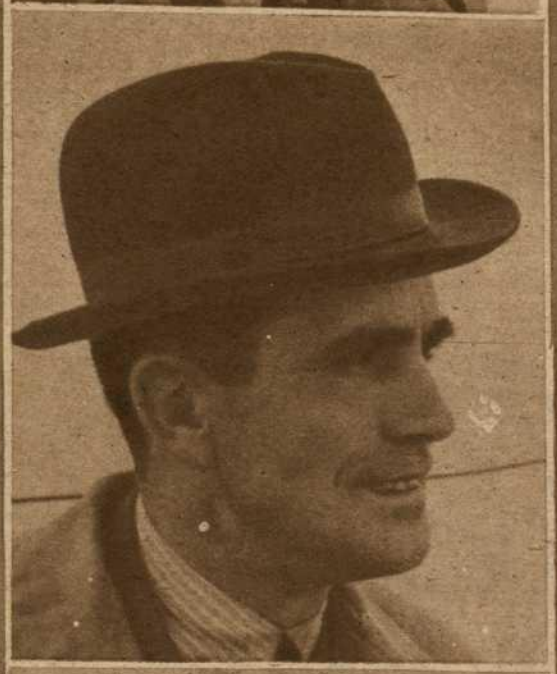
Lo supimos por unos amigos. Y lo confirmó, sin buscar la propaganda, a un hombre que fué básico en los principales carteles taurinos de España en los últimos veinte años.

Llegó a los públicos con la verdad y con dignidad. Manteniéndose siempre entre los fenómenos del escalafón taurino, sumó gran número de corridas.

Y aquellos triunfos le han proporcionado el descanso de que hoy disfruta. Junto a los seis hijos y la esposa, en Valencia, su amada tierra, que le elevó hasta la cúspide y hoy vive de los recuerdos de su máxima figura.

JOSE CARRASCO

Con la garrocha al hombro y montado en una fina jaca, Vicente Barrera practica una de sus grandes aficiones. En el campo pasa ahora sus mejores días, al margen de riesgos y triunfos



OPINAN LOS CRITICOS SEVILLANOS

MANOLO PAREJO no considera grave la ausencia de MANOLETE y ARRUZA

¿COMO HARIA LOS CARTELES DE FERIA?

MANOLO Parejo es crítico taurino del diario de la tarde *Sevilla*. Hace ya muchos años que conoce por dentro y por fuera la marcha de la Fiesta, y es aficionado no sólo de opinión, sino de hecho. Hace algunos años, en un festival de beneficio, mató en la Plaza de «La Pañoleta» un novillo que pesó lo que ahora pesan muchos toros. Iba en su cuadrilla Pepe Rodas, el famoso banderillero sevillano. De entonces acá, Manolo Parejo escribe de toros y toreros en sus dos aspectos: como escritor y como crítico. En su prosa, bien buída y cuidada, campea una especial donosura de buen andaluz, de ágil comentarista, y, sobre todo, resalta en ella una gran preparación técnica, que se comenta muy favorablemente en los círculos, peñas y rincones taurinos de la ciudad.

Parejo nos ha hablado para EL RUEDO. Estamos a principios de temporada y es de rigor saber qué opinan los críticos sevillanos de la próxima Feria, una de las más importantes de España y, en rango taurino, la primera y mejor de todas. ¿Qué opina Parejo de ella? ¿Cómo podrá compensarse la ausencia de los «monstruos»? Sobre todo esto hemos ido preguntando al popular crítico de *Sevilla*, y nos ha dicho:

—Realmente, la ausencia de Arruza y Manolete resta algún interés a las corridas de nuestra Feria. Pero lo que es irremediable acaba por convertirse, incluso, en ambiente favorable, en mejor clima para otros descubrimientos. ¿Qué va a ser de la Feria? Si vienen, como parece, Pepe Luis, Pepín, Ortega, Armillita, Procuna, Andaluz, Gitanillo y otros, las combinaciones que se hagan todas han de ser interesantes. Con esta baraja de figuras, yo y cualquiera otro a quien, en pura hipótesis, se diera el encargo de confeccionar los carteles, haría casi los mismos carteles. Ahora bien —puntualiza Parejo—; yo incluiría un par de corridas de «viejo corte», es decir: con manos a manos, como en las antiguas Ferias de Sevilla, en el tiempo de Algabeño y Fuentes, de José y Juan, etc. Uno de ellos podría ser —y de gran pasión en toda Sevilla— enfrentar a Pepe Luis y a Pepín Martín Vázquez. ¿Ganado? Pues de Carlos Núñez, por ejemplo. Y así podría hacerse otro con Gitanillo y Ortega, por ejemplo. Habría que ir enfrentando escuelas, estilos, sistemas...

Manolo Parejo no cree que la Feria de este año esté, en precios, por debajo de la del año pasado.

—Creo que uno de estos toreros tiene ajustadas ya cuatro corridas en 200.000 pesetas. Es lógico. Los carteles y las categorías se pagan. Esto es inevitable. Y, claro, el público...

—¿Cómo ve al público de ahora?—interesamos del conocido crítico.

—Ha bajado mucho. Ahora se llenan las Plazas, pero se valora menos. ¿Cómo puede explicarse esa lluvia de rabos en las estadísticas? Al público de ahora sólo le importa el buen rato, y si lo tiene, otorga todos los trofeos. Antes, a pesar del buen rato, se reservaban los galardones como acicate para el sostenimiento posterior y permanente de las corridas. Pero, a pesar de todo, la gente acude más y la solución ha de estar en que, dentro de varias temporadas, la gente de hoy vuelva a exigir más y a valorar más y el toreo esté sometido a mayores exigencias...

Cree Parejo que este año va a dar muchas posibilidades a los novilleros.

—Son muy necesarios. Las figuras se cansan. El toreo de ahora tiene más clase, más belleza plástica, pero es tan geométricamente perfecto, que ha de provocarse, frente a él, la batalla y renovación de estilos, la lucha de nuevas figuras, de nuevos lidiadores... Aunque no existe aún el novillero «de tronío», y los que existen ahora son de una escasa consistencia artística, ha de surgir este año.

—¿Con qué ganaderías prepararías los carteles de la Feria?

Parejo nos ha respondido con rapidez:

—A base de toros andaluces. De los Vázquez, Cubero, Concha y Sierra, Miura, Pablorromero, Carlos Núñez, etc.

No cree Manolo Parejo en que la tardía llegada de Manolete y Arruza a España perjudique el mayor esplendor de la próxima campaña taurina.

—Va a bajar de precio la tila, eso sí, sin Arruza; pero ahí está Cañitas, el terror de los toros, más valiente que el valor mismo, para darnos la nota emotiva...

Manolo Parejo está preparando ahora dos grandes obras, que piensa publicar muy pronto. En ellas trabaja con todo su empeño cuando le hacemos estas preguntas, y sobre las cuartillas —en las que se recogen sabrosas anécdotas, curiosidades sevillanas, sucedidos, pequeñas historias, etcétera—, comienza a escribir ahora su próxima seccioncilla de «Al vuelo de un capote», sal y pimienta del rumor y la noticia taurina de Sevilla, y en la que este popular crítico derrocha a diario ingenio, humor y amenidad.

PACO MONTERO

Manolo Parejo en animada charla con D. Fabricio y nuestro corresponsal Paco Montero (Fotos Arenas)

ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LOS CUATRO FUERON TOREROS

Había abierto camino Ricardo, y su prestigio, conseguido a fuerza de valor, constancia, pundonor y vergüenza torera, atrajo al resto de los hermanos. Y así, la dinastía de los Nacional se fué nutriendo poco a poco, hasta llegar al número cuatro. Hasta Nacional IV, en donde la dinastía se afinó en el estilo, perdiendo su rudeza característica y su valor. Pero tan afinó fué el estilo, que terminó ahí.

Eran cuatro, y aquí, en la Plaza francesa de Burdeos, abrieron sus cuatro capas al aire galo de la tarde caliente. De entonces es esta fotografía que hoy salta a nuestra página.

Los cuatro salieron a velar el honor de su nombre, que tanto enaltecieron por las plazas de nuestra Patria. El nombre de los Nacional, que Ramiro y Ricardo, aún más el primero, con aquel «puente trágico» suyo, entremezclaron entre los mejores de su época. Porque su coraje —ya que otras cualidades no podían echar a la balanza— pesaba tanto, que a la hora de contar con los toreros que traían el público a la Plaza, sus nombres salían ellos solos, sin ninguna ayuda, a las líneas del contrato con la Empresa.

Porque eran toreros ellos que no decepcionaban a la afición. Y cuando el público se situaba en el tendido, antes de que el clarín echase su kikirikí al aire, ya sabía que si Ricardo o Ramiro figuraban en el cartel, por lo menos no habría de faltar emoción. Y mucho menos en Madrid, donde no se les conoció tarde mala, en la que ellos no hubieran echado al asador toda la carne.

Hoy queremos que en este desfilar por nuestras páginas de aquellas figuras que antaño apasionaron a los taurinos, los cuatro Nacional ocupen un lugar que tienen ganado con exceso.

Porque ellos supieron dejar una amplia huella en el recuerdo de todos, a fuerza de valor, y lo que por ahí se llama vergüenza torera.

Y si no, pregunten ustedes por el «puente trágico».

OPINIONES QUE IMPORTAN

SALERI II dice que el torero que puede arrollar la taquilla, nunca es un diestro caro

LA PROXIMA TEMPORADA TENDRA MENOS INTERES QUE LA PASADA

La temporada está ya cerca. Dentro de muy poco tiempo, el clarín acallará las voces que dominaron la Fiesta en el invierno. Habrá huido esa hora fácil de opinar y la última palabra quedará para los toreros, los ganaderos y los empresarios.

Pero mientras llega esta hora seguimos escuchando muchas cosas peregrinas. De esta extraordinaria polémica sobre la Fiesta todos han dicho algo. Todos, menos uno. Pero este «uno» tampoco es una excepción, porque nosotros ahora le tenemos frente a frente, contestando despaciosamente a nuestras preguntas:

Juan Sáiz, Saleri II, fué y es famoso ayer y hoy. Decir algo nuevo de él es empresa difícil, como empresa difícil es jugar con el adjetivo, frente a un torero como Saleri II, que está ya de vuelta de todos los caminos de la fama, y para el que no puede haber vanidad posible en unas líneas de sincero elogio.

* * *

Saleri II empezó diciéndonos:

—Estoy muy alejado de la Fiesta. Todas mis actividades taurinas no van más allá de sentarme en un tendido, los días de corridas, y de ir al campo a torear unas becerras de vez en cuando.

—¿Torea en el campo por afición?

—Sí; por afición, por agradecimiento, por estímulo y por gusto—me contestó sonriente.

—Su verdadero interés en la Fiesta, ¿en qué aspecto de la misma podríamos centrarlo?

—Para mí, en estos momentos, lo verdaderamente interesante de la Fiesta está en los debutantes y en los que empiezan.

—¿Qué opina usted de la próxima temporada?

—Sencillamente, que esta temporada el interés es menor que en otras, porque en bastante tiempo —¿no dicen que hasta junio?— no se podrá contar con algunas primerísimas figuras. Esto, para los empresarios, es un quebranto, y, sin embargo, para muchos toreros, un beneficio.

—¿Y para el aficionado?

—Que tampoco tiene interés. Claro que esto es muy relativo, porque si descuella por esos ruedos un muchacho con aire y hechos de fenómeno, entonces el interés crece. Pero esto es muy difícil vaticinar que ocurra, toda vez que la temporada es algo así como una gran caja cerrada, que hasta que no salga el toro no se puede abrir. Y mientras no sepamos lo que lleva dentro, ¿para qué opinar?

—¿Usted cree que la actuación de los diestros mejicanos elevará el tono de la temporada?

—Estimo que no.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque el momento o la novedad de los toreros mejicanos pasó ya hace dos temporadas. De todas las maneras, la presencia de los mejicanos dará más variedad a los carteles. Pero insisto que lo que podamos ver de los toreros mejicanos que conocemos visto está, y de los nuevos..., ya hablaremos. Aunque creo, he creído siempre, que ningún mejicano pueda eclipsar nunca a un torero español.

—¿Veremos toros pequeños?

—Sin duda alguna, se mantendrán los toros pequeños, y quizá aún más pequeños.

—¿Con perjuicio para el público?

—Con perjuicio para el público y para los empresarios, aunque los únicos beneficiados sean los toreros. Esto último no es porque yo crea que el toro pequeño sea inofensivo, sino porque el riesgo —que es el mismo— se ve menos riesgo con el toro chico; y el torero, comprendiéndolo así, mejor dicho, sintiéndolo así, en el ruedo, tiene mayores posibilidades de triunfar.

—La Fiesta ¿está en decadencia?

—No... Lo que está en decadencia son los toros. Toreros hay muchos, y buenos.

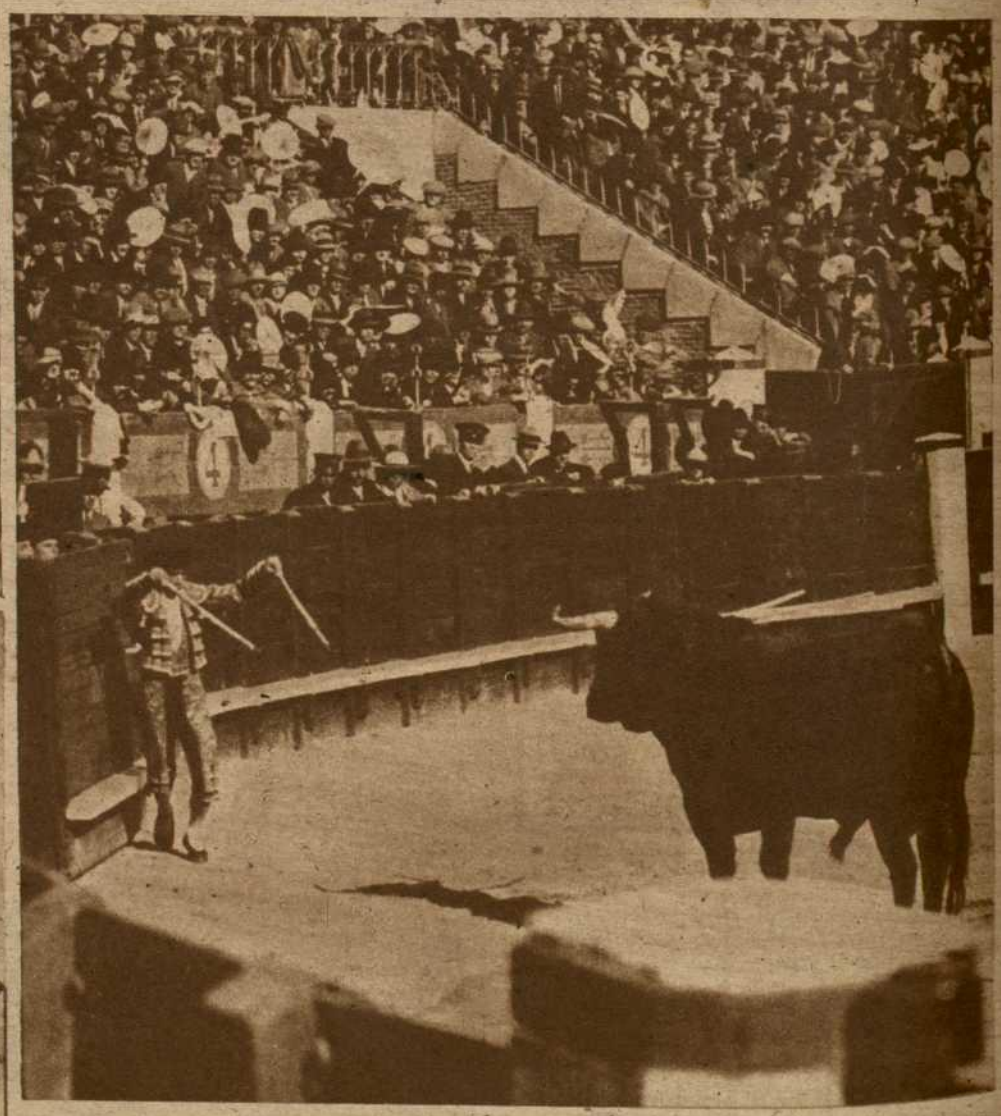
—¿Usted cree realmente en el abaratamiento de nuestra típica Fiesta?

—Considero que debe y puede abaratarse la Fiesta. Se podría empear por los impuestos y por los ganaderos. Hay que tener presente que a los ganaderos les cuesta el ganado, mejor dicho, mantenerlo, menos dinero que antes, por la sencilla razón de que ahora, como no les dan nada, no les cuesta nada, aunque ellos digan todo lo contrario. Y, sin embargo, no hace falta nada más que ver el ganado que lidian para comprender muchas cosas. Lo que se cobra hoy por los toros —siete veces más que antes— es absurdo. No hace mucho, en el año 1930, una corrida de Veragua o de Miura, costaba 12.000 pesetas. Y hoy tienen un valor superior a las 60.000 pesetas. Sin género de duda, el actual coste de una corrida de toros puede rebajarse en un treinta por ciento.

—¿Y los toreros?

—El torero nunca es caro. Esto pueden decirlo los empresarios. Y está suficientemente comprobado que las Empresas, en un presupuesto de 300.000 pesetas, tienen que defenderlo mucho más que uno de 500.000, por la sencilla razón de que sólo un torero de nombre está capacitado para arrollar la taquilla.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Saleri II citando en un terreno inverosímil. El famoso diestro de Guadalajara fué uno de los mejores banderilleros de su época

CADA SIETE DIAS UNA VARA

FULANEZ VUELVE A LOS TOROS

TODOS los años, cuando los árboles empiezan a verdear, cuando las golondrinas empiezan a hacer sus maletas para volver a España, cuando se empiezan a empeñar los abrigos, hay —indefectiblemente— un torero, del que nadie se acuerda ya, que asoma su perfil a las columnas de los diarios para decirnos que en la temporada que va a dar comienzo, él se va a volver a vestir de luces. Después se queda tan fresco.

Este fenómeno extraordinario se lo brindamos a los doctores de nuestra fiesta, porque es digno de tenerse en cuenta, sobre todo por su carácter de periodicidad.

Cuando sale el nombre de Menganito, por lo general envuelto en media docena de líneas, en las columnas del diario, y en su sección de toros, ya podemos decir que la temporada está a punto.

Hasta ahí vamos bien; pero lo que sucede después es un poco desconcertante para el aficionado. Sobre todo, para el aficionado ingenuo. Porque éste, que desde que empieza a darse la primera noticia de toros, no deja de leerlas una tras otra, cuando llega mediada la temporada se pregunta por dónde anda toreando el diestro aquel que en marzo había dicho que volvía a la lucha. Y, claro está, no lo encuentra.

Porque es que aquel famoso diestro que había prometido su vuelta a los ruedos no ha encontrado el medio de que los toros vuelvan a él. Y así no hay manera de que se encuentren en ninguna Plaza.

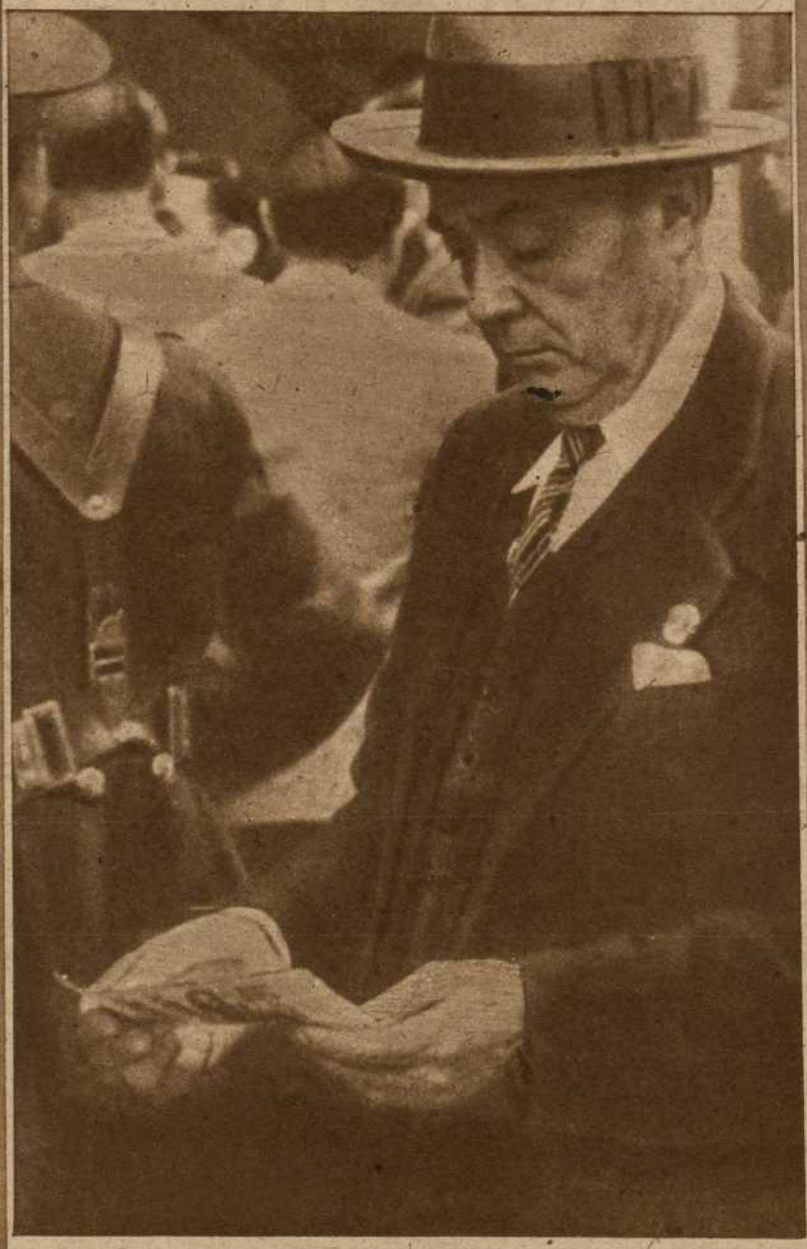
Claro está que al final el ex torero que volvió y nadie lo vió, recapacita y dice —allá por noviembre— que se retira definitivamente del toreo.

Con lo cual queda demostrado que esta clase de coletudos se puede clasificar bajo el nombre de espadas-porteros.

Porque ellos se encargan siempre de abrir y cerrar la temporada con sus declaraciones desde la Prensa.

¡PARA LA SOMBRA y el SOL!

Un tendido de la fila 14



Por la cara de tristeza con que este buen aficionado contempla el billete que acaba de sacar para los toros, no nos cabe la menor duda que es de la fila 14 y de sombra. Nos explicaremos. El precio que tiene este billete es exactamente igual al que marca el de la primera fila, y estando abajo, cualquiera puede presumir de ver los toros y de alternar con esos señores que niegan la vuelta al ruedo o la mandan dar, según se les antoja. Estando arriba, a uno se le pone cara de paria y de corto de vista. Y estar ahorrando todo el invierno, para que en la primera entrada que se compre quedarse sin un céntimo, no es cosa que le haga a uno sonreír. De aquí, por tanto, el aire sombrío de este buen aficionado, acentuado, naturalmente, por tratarse de una localidad de sombra.

Y ustedes perdonen.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

CUANDO CUCHARES FUE A PARIS

EN cierta ocasión, el famoso espada Cúchares fué a París, no con ánimo de torear, sino "para ver mundo".

Una mañana salió solo, pues ya pensaba poder deambular por la capital francesa sin perderse, y después de un largo paseo pensó volver al hotel, pues la hora de comer se le echaba encima y el apetito ya hormigueaba con insistencia en el estómago del torero. Pero —las cosas— Cúchares no encontraba el camino de vuelta. Y ya un poco cansado, se apostó en la primera esquina con que tropezó, pensando que algún francés pasaría que comprendiese el idioma español.

Allí —en la esquina— se estuvo un largo rato, preguntando a los transeúntes si sabían el español, y cuando ya el hombre creía que su situación no iba a encontrar salvador, pasó un joven francés que, a su pregunta, en un castellano macarrónico, contestó:

—Sí, señog, un petit parlo yo.

Cúchares vió el cielo abierto, y prorrumpió en exclamaciones de júbilo.

—Bendita sea su mare, hombre. Ya era hora. Creí que me quedaba aquí pa los restos. Vamo a ve. ¿Me quié usté hasé el favó de desirme dónde hay un figón pa trajelá, que tengo una carpanta que no diquelo?

El francés se quedó viendo visiones.

—Un petit más despacio, señog, que no comprend pas.

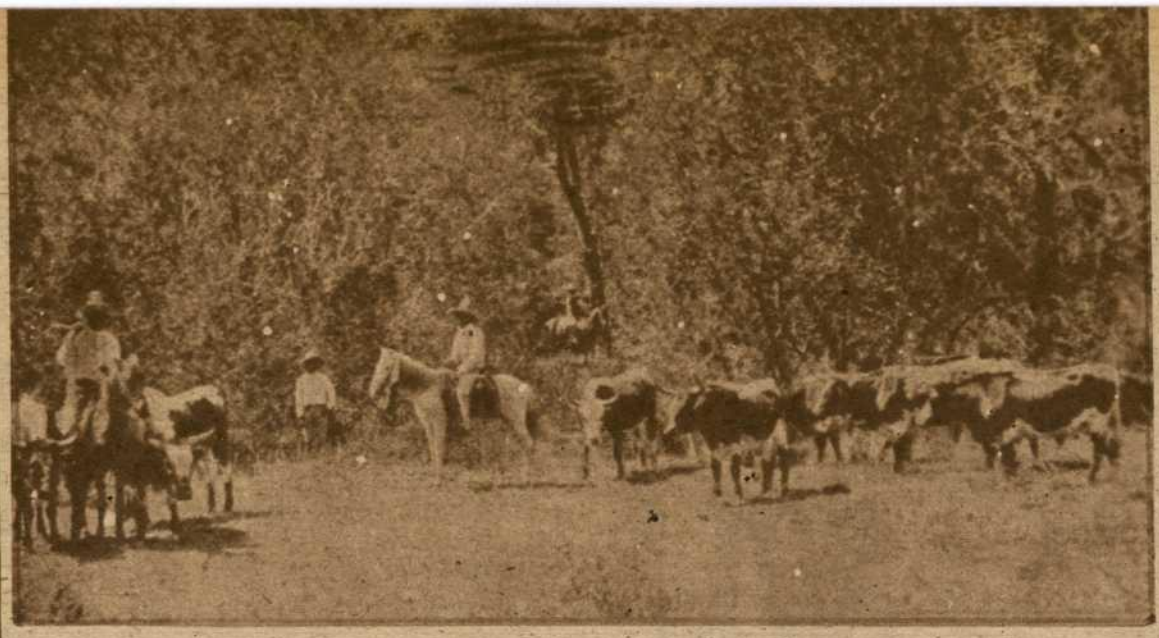
Cúchares volvió a repetir otra vez su petición. Pero el francés, ¡que si quieres!

Y entonces Cúchares, indignado, le largó:

—Zerá malage. ¿Pos no dise que no me entiende? Vamos a ver de otro modo: Que dónde puedo jamá argo, porque tengo una gasusa que no guipo.

El francés no aguantó más. Saludó muy dignamente y se fué, sin contestar. Creía que le estaban tomando el pelo.

Lo que no se sabe es si Cúchares comió aquel día.



La parada de bueyes de Piedras Negras

LA MANSEDUMBRE DE LOS TOROS MEJICANOS

LA actual temporada taurina de Méjico ha sido, en lo que se refiere al ganado, un fracaso completo. Cuando no salían dos o tres mansos es que salían cuatro. Corrida se ha celebrado en que solamente hubo un toro lidiable.

Al igual que en España, los ganaderos mejicanos han ido achicando la cabeza y ajustando los toros al estilo preciosista de los tiempos actuales. Que han logrado su objeto lo dicen los cables y lo confirman los periódicos mejicanos que van llegando a España.

El toro mejicano, hace unos cuantos años, era más fácil para el torero que los de España. Allí hubo mucha afición y un gran escrúpulo por parte de los ganaderos, que rivalizaban en lograr toros bravos y de casta.

Se hicieron muchos cruces, y las divisas mejicanas no ponían gran inconveniente a esa mezcla de sangre brava. Luego, como en todas partes, fué industrializándose la cría de las reses bravas, y los ganaderos, más que al lucimiento de su divisa, atendieron a sus intereses monetarios.

En España se ha lidiado alguna vez ganado de Méjico. En el año 1929 me correspondió intervenir en la organización de la corrida de la Prensa de San Sebastián. Trajimos cuatro toros mejicanos, de la ganadería de Piedras Negras, que se encargó de escoger mi amigo Rodolfo Gaona. Los cuatro toros resultaron bravos y de excelente estampa. Se trajeron emboscados en un transatlántico. Y aun así, no llegó a costarnos cada toro, desencajonado en la Plaza de San Sebastián, ni las 4.000 pesetas.

No quiero calcular el precio a que se pondría hoy lidiar una corrida mejicana en España.

La ganadería de Piedras Negras es una de las más reputadas en Méjico. Pasta en el Estado de Tlaxcala.

Fué fundada por don José María González Muñoz, quien hace muchísimos años prestaba el ganado bravo que tenía en la finca para ser toreado en los pueblos.

Lidió, como prueba, una corrida en Texcoco, y al ver que dió buen resultado, en el año 1878 empezó a tentar a la usanza española.

Desde entonces, esta operación se siguió y se sigue, empleando el mayor rigor con las vacas.

Don José María González Muñoz, fundador propietario de la ganadería de Piedras Negras

No dió resultado un cruce con toros de la antiquísima ganadería de la Trampa, y decidió cruzar con sangre española.

Lo hizo primero, en 1891, con un semental de Benjumea, que dió una camada de poca nobleza y era rechazada por los toreros.

En vista de ello, y no logrando entenderse con Saltillo, compró tres sementales de Murube, cuya descendencia se lidió por vez primera en la capital de Méjico el 5 de enero de 1902.

El crédito y la fama alcanzados por esta ganadería a partir de entonces fueron extraordinarios, siendo dominante la pinta negra. Ha dado una gran cantidad de hermosos ejemplares.

La ganadería de Piedras Negras ha sido una de las más reputadas de Méjico.

En la actual temporada no ha sido la peor. Pero no ha sido tampoco buena.

Ha recortado los toros, y, como si fuera una epidemia, la mansedumbre de los toros mejicanos ha sido de una perfecta unanimidad.

Ahora se habla en Méjico de cruzar algunas ganaderías con toros españoles.

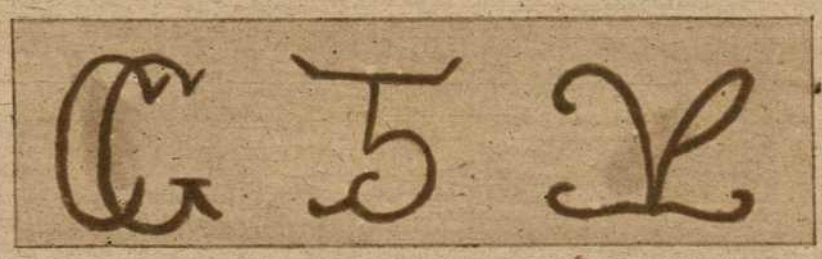
Por el campo de Salamanca han puesto ya los ojos en la ganadería de don Atanasio Fernández.

Así, al menos, nos lo dice de Méjico un competente aficionado, muy metido en negocios de toros.

Y aunque en realidad no sabemos si esto se llevará a cabo, somos de opinión que para aquellos ganaderos que sienten afición hacia la Fiesta y tienen conciencia exacta de su responsabilidad, no hay mejor medio para mantener el prestigio de su vacada, conseguido a través de muchos años y quién sabe con cuántos esfuerzos y sacrificios, que buscar sangre nueva que vivifique la savia ya pasada que alienta a su ganadería.

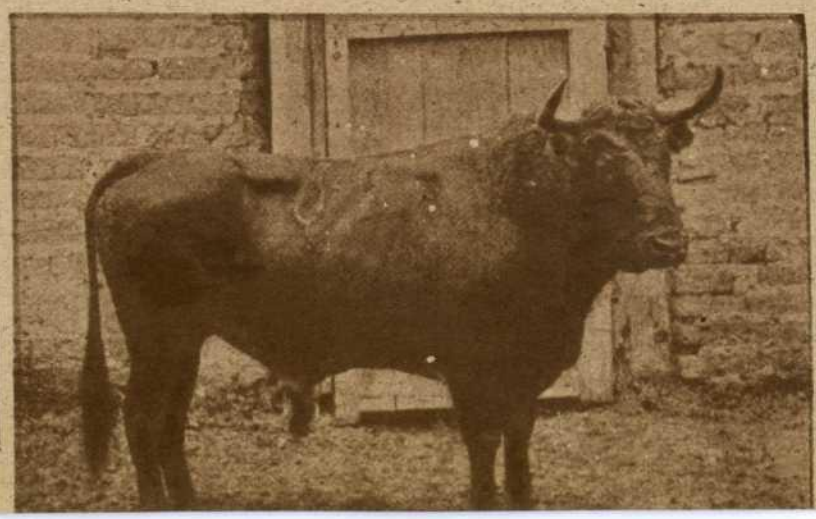
Así, y solamente así, se podrá llegar a conseguir lo que se pretende: que el toro reavive su casta, adquiera el poder que ha ido perdiendo a través de los años, y que, en general, se le inyecte a toda la ganadería un nuevo empuje, que sirva para elevar de nuevo un nombre que estaba a punto de caer.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

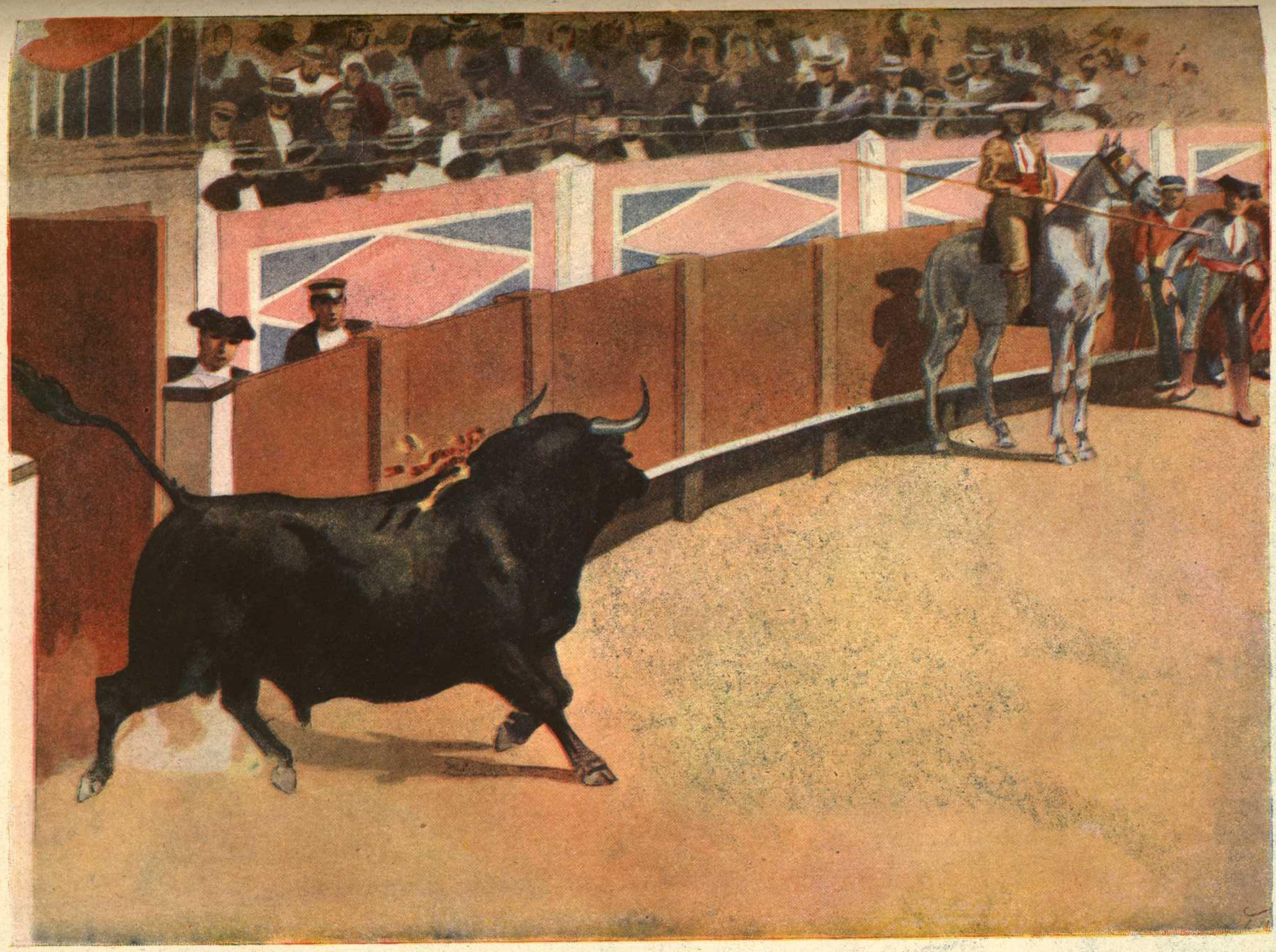


Hierros de la ganadería de Piedras Negras. Divisa: Negra y roja. (Usa estos tres hierros por tener tres estancias y existir costumbre de marcar los toros de cada una con distinto hierro.)

Toro de Murube, semental de la ganadería de Piedras Negras



Una vara enhebrada
(Dibujo de Enrique Segura)



Salida del toro

(Dibujo de Perea)